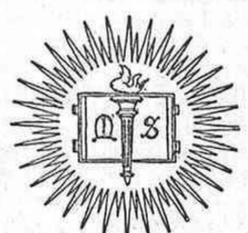


# La Ilustración Artística



Año XXXIII

BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1914

Núm. 1.711

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1914



TRISTES RECUERDOS, cuadro de Miguel Cazin

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *La oración de la tarde*, por la baronesa de Wilson. — *La guerra europea*. — *Por casar a su hija*, novela original de Enrique Greville, ilustraciones de N. Martí Cabot. — *Madrid. Homenaje a los Sres. Torres del Alamo y Asenjo*. — *Madrid. Presentación de credenciales por el nuevo ministro del Brasil*. — *Dr. Adolfo P. Carranza*. — *Boda del infante D. Fernando*. — *La guerra europea. Contingentes marroquíes en Francia*.

**Grabados.** — *Tristes recuerdos*, cuadro de Miguel Cazin. — Dibujo de Mas y Fondevila, que ilustra el cuento *La oración de la tarde*. — *La guerra europea. Soldados alemanes en Lieja compartiendo la comida con gentes necesitadas*. — *Soldados alemanes presenciando en el teatro de Lieja una función*. — *La Cruz Roja alemana*. — *Mapa de las regiones de la Polonia rusa y de Galicia*. — *Plano de la plaza fuerte de Amberes*. — *La catedral de Reims después del bombardeo*. — *El príncipe Ernesto de Sajonia Meiningén*. — *El diputado socialista alemán Dr. Frank*. — *El general de infantería austriaco Mauricio de Auffenberg*. — *Línea general de contacto de los ejércitos enemigos*. — *Madrid. Homenaje a los señores Torres del Alamo y Asenjo*. — *El nuevo ministro del Brasil Sr. Da Cunha*. — *Dr. D. Adolfo P. Carranza*. — *Boda del infante D. Fernando*. — *Contingentes moros en Francia*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hablemos, por esta vez, de la guerra. Hablemos de una de sus víctimas: la catedral de Reims.

La humanidad, en ocasiones, da muestras de espiritualismo, de aquel instinto estético que ya reveló en las cavernas o paraderos de las edades primitivas, al esculpir y pintar figuras llenas de espontaneidad, que delatan profunda observación de la naturaleza. Y la humanidad civilizada, en estos días trágicos, ha manifestado la fuerza invencible de estos instintos superiores, al deplorar de un modo especial, al protestar particularmente, de la destrucción de una obra de arte, de una de las cristalizaciones divinas del sentimiento humano.

Entre tantas y tantas calamidades como están lloviendo sobre Europa, entre los montones ingentes de cadáveres, los trenes cargados de muertos como si fuesen una mercancía, los campos encharcados de sangre, las cosechas perdidas, los negocios en quiebra; lo que más ha preocupado a la opinión, lo que ha hecho exhalar un ¡ay! unánime de dolor y de espanto, es el espectáculo del fin de algo insensible, de un montón de piedras... ¡de una catedral gótica!

\* \*

Pero ¿sabéis lo que es una catedral gótica? ¿La suma de alma que en ella circula, animando las viejas filigranas con un soplo misterioso, del otro mundo? Pensad que, de las mismas civilizaciones caducadas y desaparecidas, de los pueblos y las razas que tuvieron historia y no la tienen ya, lo que queda, lo que persiste conservando su recuerdo, es algún edificio en que se resume su significación toda, y se concreta su ideal. Tebas y Micenas; Palemke y los viejos santuarios ocultos ya por la vegetación salvaje en Yucatán; Persépolis y Troya — resisten y persisten por monumentos semiderruidos, pero que desafían al tiempo devorador. Y de esta significación del edificio, que encierra la de un pueblo en los momentos más intensos de su vida, son ejemplares espléndidos las catedrales. Se derivan de las antiguas basílicas anteriores al Cristianismo; de ellas tomaron la nave central y las laterales, divididas por columnatas, y la tribuna al fondo, que luego se convirtió en presbiterio, como la pagana *cella* en tabernáculo. Pero ¡cuán distinto el objeto de ambos edificios! La antigua basílica era una dependencia del gran mercado; allí se verificaban las transacciones comerciales, se dirimían los litigios, los jueces juzgaban, los abogados daban consulta. Y cuando la nueva religión pudo salir de las Catacumbas y extenderse al sol de la libertad, no sólo imitaron los cristianos para sus primeros templos el plano de las basílicas sino que más tarde se apoderaron de ellas para convertirlas en iglesias de Cristo, adaptando admirablemente a las necesidades del culto la traza de aquellas construcciones. Así, lo que era puramente material y útil se espiritualizó, fué cosa del corazón y de la sensibilidad, refinada por los heroicos comienzos de la creencia.

\* \*

Las catedrales propiamente dichas surgen en el siglo XIII, tan fecundo, tan creador. Hasta esa época, la basílica sigue dominando. En el coro se alza el sitial del obispo; abajo, el presbiterio, donde se colocan los diáconos y presbíteros, los subalternos; enfrente, el altar, con su simbólica forma de sarcófago, y debajo la cripta, recuerdo de las Catacumbas. Encima, el santuario de cuatro columnas, del cual pendía la paloma de oro, plata, pedrería, marfil o cobre

repujado, que en su pecho encerraba las sagradas Formas. Como en la leyenda del Grial, esta paloma hierática simbolizaba al Espíritu Santo. Faltaba en las basílicas el lujo de ornamentación interior que las catedrales trajeron consigo. En las iglesias de estilo románico ya hubo detalles artísticos; pero es en la catedral gótica donde verdaderamente la purpúrea rosa del amor y del martirio cristiano da sus flores y con ellas decora y llena las maravillosas columnatas y las capillas de ensueño.

En la catedral es donde, rebosante, el sentimiento religioso se hace estética y poesía. De esa hermosura sublime todos somos partícipes, y por eso las catedrales, radiquen dondequiera, nos parecen cosa propia. Nuestra Señora de París nos pertenece lo mismo que la catedral de Burgos o de Toledo. Nuestra Señora de París inspiró el romanticismo arquitectónico y el lírico; y, remembranza que en estos momentos es triste irónicamente, este renacimiento romántico y cristiano lo impulsaron las teorías y los estudios de ilustres alemanes, en primer término los Schlegel...

\* \*

Casi igual prestigio que Nuestra Señora revestía a la catedral de Reims, de la cual sólo resta un hacinamiento de vigas y escombros humeantes. Parecía esta catedral a otra muy hermosa, que se asienta en España, pero tiene el elegante sello francés: la de León. Ambas, delicadas y caladas como linternas, se cuajaban de innumerables estatuas, de finísimas crestas, de gárgolas airosas y singulares, y alzaban al cielo agujas de aérea traza. Ese pueblo de figuritas primorosas, esa rica imaginaria, yace ahora en tierra convertido en polvo, hecho añicos. ¿Qué derecho tiene Alemania a tratar de salvajes a las sufragistas inglesas, que han lacerado cuadros? Ante la hermosura, el cañón apuntado debiera girar, cambiar puntería. No, no hay derecho para tanto. Y yo afirmo que le serán perdonados a Alemania los muertos y la sangre vertida, los millones expoliados, las violaciones de neutralidad; pero no la catedral de Reims. Tendrán siempre que responder del atentado cometido.

Porque han deshecho lo que no pueden rehacer; lo que no está en sus medios ni en los de nadie, devolver al tesoro de la humanidad culta. Los policromos vitrales, el pavimento antiguo, la pila bautismal donde bautizaron a Clodoveo, el soberbio órgano, los cuadros de Poussin y Ticiano, ¡no sé si los tapices!, el interesantísimo sepulcro del Cónsul; todo ha sido presa de las llamas, si se ha de creer a los relatos de la prensa... Y para que el monumento reviviese, habría que resucitar al arzobispo Alberico de Humbert, al arquitecto Roberto de Coucy, a los obreros que cincelaron las efigies; a cuantos, con disciplina de arte, ayudaron al incomparable conjunto.

\* \*

Cuarenta y dos estatuas de reyes de Francia, desde Clodoveo a Carlos VI, formaban la linda galería llamada de los Reyes, en la cima de la fachada. Al caer a tierra, mutilados, tal vez los viejos monarcas lanzasen un quejido hondo, por ellos y por Francia también... Con los reyes vino abajo, sin duda, el Cristo que bendice, a quien llamaban el *Dios bonito* y que era una perfección. ¡Para esto restauró amorosamente la vieja catedral Viollet le Duc, el gran enamorado de lo gótico, a quien tanto debe el arte en Francia y en el resto del mundo, al proclamar la belleza de lo gótico, estilo tenido por bárbaro en los siglos académicos!

En esta iglesia y en la de San Remigio, no es decible cuántas memorias caras a la patria francesa dormían el sueño secular. Reims pertenece al número de las ciudades que subsisten por la tradición. Era gran urbe de las Galias desde el tiempo de César, de quien se declaró amiga y a quien ofreció hasta rehenes, por lo cual otras ciudades más celosas de su independencia se coligaron contra ella; pero César la socorrió y la salvó y engrandeció. Dícese que ya, en esta época galo-romana, poseía Reims magníficos monumentos, de los cuales quedan restos, nada más... ¡ya diremos por qué!

Al triunfar los francos, San Remigio, obispo de Reims, bautizó al fiero Sicambro Clodoveo en su catedral (que, naturalmente, no era la misma que acababan de arrasarse los alemanes). Por primera vez, en esta ceremonia, figura la Santa Ampolla, cuyo aceite curaba los lamparones, por mano del mismo soberano de Francia. Otro obispo de Reims, asaz diferente de San Remigio, el famoso Egidio, aparece mezclado a los grandes acontecimientos de su era,

como verá quien lea a Thierry, y recuerde las aventuras espantosas de Brunequilda y Fredegunda. En el mismo bautisterio en que recibió el agua de vida Clodoveo, tuvo en sus brazos el obispo Ingomaro a Carlos Martel, el martillo de los turcos; y obispo de Reims fué, a su vez, el famosísimo Turpin, cuyo nombre va unido al de los Doce Pares y Carlomagno. En Reims, durante la Edad Media, se consagraron y coronaron monarcas y reinas, algunos por la propia mano de los Papas.

\* \*

Era la consagración de Reims lo que sancionaba la soberanía, ciertamente los señores de la ciudad fueron los obispos, y en las incensantes luchas entonces frecuentes entre el poder eclesiástico y los municipios, no faltó obispo apedreado, preso y desposeído, como hubo otros que fueron a la guerra al frente de sus diocesanos y caballeros en poderoso bridón. Era Reims un foco de vida eclesiástica; celebráronse allí concilios, desde el siglo V hasta el XVI. Los Papas solían presidirlos.

La ciudad, después de alternativas de próspera y contraria suerte; después de hallarse sus revoltosos burgueses reducidos a la pasividad por el incremento del poder de los monarcas que allí se ungían, vió alzarse la catedral, signo seguro de prosperidad y grandeza. Invadida Francia por los ingleses, Reims sostuvo un sitio que salvó a Francia, porque no sólo el vecindario rechazó a los sitiadores, sino que los persiguió y les tomó otras plazas conquistadas ya. El papel decisivo de Reims se confirmó a principios del siglo XV, cuando Carlos VII fué consagrado allí en presencia y por las iniciativas de Juana de Arco. Tal nombre aureolado, de santa y de heroína, simboliza a Francia en su aspecto nacional, en lo que un país tiene de propio y de íntimo, en lo mejor de su ser.

\* \*

Reims, la ciudad del triunfo de Juana de Arco y de las consagraciones, resistió con todas sus fuerzas a la Reforma, y no fué vivero de hugonotes, aunque fué ligera, sino lealmente monárquica. Su patriotismo lo demostró igualmente contra nosotros, cuando llevamos a su territorio nuestras armas, que iban, ¡ay!, a dejar de ser invencibles.

El último rey de Francia que se consagró en Reims era, si no me engaño, Luis XVI, y al colocarle la corona en la frente murmuró:

— Me hace daño.

Poco después, la Revolución arrolladora profanaba la catedral, no sólo con las fiestas grotescas de la Diosa Razón, sino con mascaradas de borrachos montados en jumentos; cosa tal vez peor que los cañones del enemigo, que destruyen, pero no afrentan.

\* \*

Los alemanes ocuparon a Reims, largo tiempo, durante la guerra franco-prusiana; y no se sabe que entonces hicieran estragos, más que los inherentes al hecho mismo de la ocupación militar, que no podrían excusarse. Hoy, sabemos su hazaña, que les será mal contada en todo el mundo, pues han osado tocar al velo de la Diosa Tanit, al sagrado de la inmortal hermosura.

De cuantas depredaciones lleva consigo la fatalidad de la guerra, ésta es la más brutal. Nos censuran a nosotros porque en América destruimos los templos de los ídolos, que sin duda eran curiosos y notables, pero no bellos, al menos en las proporciones y en el tipo de la catedral de Reims. Y nosotros teníamos un fin al hacerlo, y era el siglo XVI. Estamos en el XX...

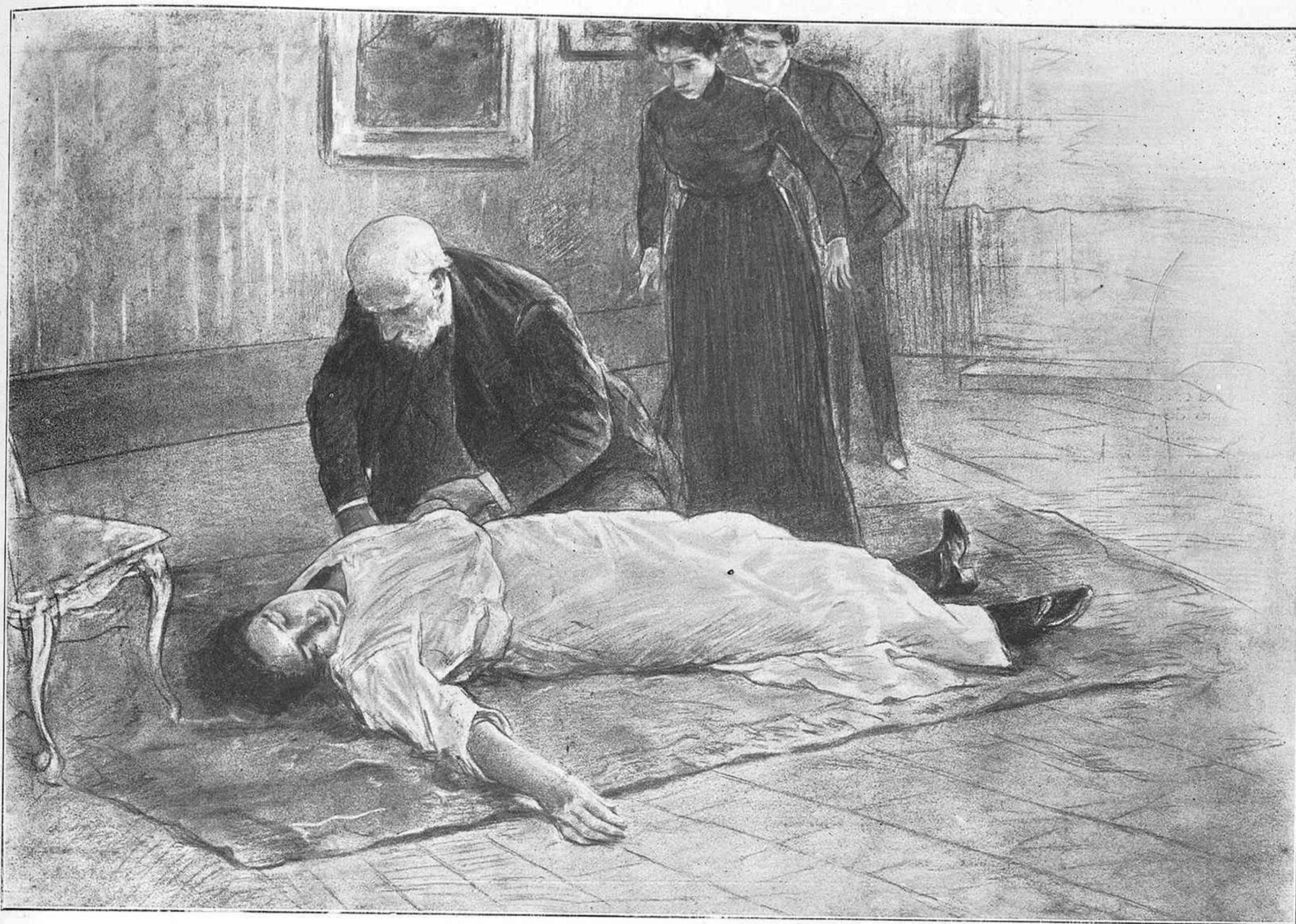
Los anales de Reims, de hoy más, pueden consignar lo siguiente:

«En el año 406, la ciudad cayó en poder de los vándalos, y después, de los hunos; fueron destruidos los monumentos de la antigüedad contemporáneos de César. En 1914 cayó en poder de los germanos, y fueron destruidos los de la Edad Media, empezando por la magnífica catedral. La historia, ha dicho Vico, es una serpiente que se muerde la cola.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

LA ORACIÓN DE LA TARDE. POR LA BARONESA DE WILSON, dibujo de Mas y Fondevila



No tardó en llegar el médico llamado por la condesa; su diagnóstico fué alarmante...

Había abandonado la marquesa de Alcocer sus posesiones de Andalucía, trasladándose a París con su hijo único, Augusto, para cumplir el piadoso deber que se había impuesto desde la muerte de su marido, la que, envuelta en el misterio, enlutó su corazón, cuando precisamente la vida suya se deslizaba sobre tapiz de dichas y de flores.

Las conjeturas fueron muchas: unas compasivas y por extremo favorables al desgraciado conde; otras de amor y simpatías para la joven viuda, que aun cuando dominada por el dolor acerbo, había volado a París al recibir la fatal noticia impulsada por el deseo candente de contemplar siquiera una vez más el rostro amado antes de que fuese encerrado en el panteón que en la capital francesa poseía la familia del conde, por herencia de su abuelo.

Por entonces, sólo se averiguó que había mediado un duelo con una alta personalidad política, la que al increpar al conde en un círculo, le había lanzado el epíteto de traidor por abandonar las filas de su partido. Lo extraño del caso era que el ofensor, don Manuel de Castro Fuerte, emigrado desde el asesinato del general Prim, en el cual se le tildaba como conspirador, y el ofendido, conde de Alcocer, escogieron por testigos para lavar con sangre la ofensa a dos franceses de clase humilde, los cuales eran desconocidos, y que según la declaración de un guarda del Bosque de Boloña, habían huído abandonando el cadáver del conde, descubierto horas después en las cercanías del pabellón Madrid con su florete tinto en sangre a su lado y un guante de Castro Fuerte, a quien inútilmente se buscó, porque dada su posición precaria y su vida aislada, se desconocía hasta su domicilio, considerándose desde luego no como adversario leal, sino como asesino de su contrario, atravesado de parte a parte por su florete.

Aquel drama preocupó a París durante algunos días; después cayó como todo en el abismo del olvido, quedando sólo un huérfano y una viuda inconsolable, que pasaba seis meses en París, cada año, para refugiar su pena en el cementerio del padre Lachaise y cuidar aquel sepulcro donde se habían hundido todas sus esperanzas y risueños ideales, y los seis restantes en sus haciendas cercanas a Cór-

doña, donde su hijo la acompañaba en la época de vacaciones, libre entonces de los asiduos estudios que su carrera requería, haciendo con su presencia menos doloroso el calvario de la condesa.

No era Augusto, al correr de los años y cuando había cumplido diecinueve, uno de esos jóvenes frívolos, bien por las condiciones especiales de su carácter, o tal vez por el ambiente de tristeza que desde hacía nueve años se hospedaba constante en aquella casa solariega donde había vivido con su madre, donde la veía siempre vestida de luto y acompañando con lágrimas las caricias que le prodigaba.

Augusto era reflexivo y en sus rasgados ojos azules, expresivos e interrogadores, chispeaba algo como un pensamiento fijo jamás comunicado y que sin duda germinaba hacía tiempo y sólo se traducía en algunas preguntas que al parecer sin marcada intención dirigía a la condesa, pero que en realidad tenían por base la idea de investigación.

Poco a poco, las estancias en París fueron más largas, y la madre de Augusto pasaba horas y horas en el cementerio o en su oratorio, acompañada por una joven bellísima, vestida sencillamente y con el hermoso semblante pálido mate velado por melancólica expresión. ¿Quién era?

Se llamaba Carmen y una amiga de la condesa se la había recomendado al saber que necesitaba quien distrajera sus largas horas de soledad.

Al aceptar el puesto, tímidamente manifestó el deseo de tener la mañana libre y también retirarse a su casa por la noche.

Había un *no sé qué* en aquella criatura que atraía poderosamente, que se aducaba de las voluntades; y su casta belleza, sus ademanes y su porte distinguido demostraron a la condesa que, a pesar del humilde atavío, no era un ser vulgar.

Su tristeza revelaba sufrimiento, y un día, al contestar a una interrogación de la noble viuda, dijo dando un suspiro:

— No, señora, no; no estoy enferma, pero sufro mucho moralmente.

Aquel rostro hechicero; el idealismo de la joven; la dulzura inalterable de su carácter, impresionaron hondamente al hijo de la viuda y en dos o tres tem-

poradas de estancia en París, concibió por ella un amor apasionado, tiránico, exclusivo.

Con la magia de su cariño; con la influencia de un corazón amante; con su palabra persuasiva, intentó ser correspondido; pero Carmen no dió pábulo a su pasión, si bien dejaba traslucir que no era indiferente a un sentimiento puro y digno.

Generalmente la joven manifestó particular interés en participar de la piadosa costumbre de asistir a la oración de la tarde con su generosa protectora y jamás salía para su casa antes de cumplir con un deber que le era muy grato. Aquella hora de recogimiento espiritual provocaba lágrimas, manifestando que recordaba su infancia, cuando su madre tomaba entre las suyas las manos de la niña y la enseñaba a rezar la oración, agradeciendo al Todopoderoso haber pasado el día sin turbaciones.

— ¿Aquí en París?, le preguntó la condesa.

— No, señora; lejos de aquí.

— ¿Entonces no es usted francesa?

— No, señora; pero hace muchos años que a la muerte de mi madre vine a París.

— Cuénteme usted sus penas, porque no dudo que las tiene. Tal vez puedo aliviarlas.

— ¡Ay, para mí no existe la felicidad!

— Sabe usted que mi hijo la ama y que yo deseo darle esposa buena y honrada: esto me basta.

— Yo, yo le quiero también; pero no es posible que me seduzca la esperanza: soy pobre...

— No importa; las virtudes son la principal riqueza.

Carmen no contestó, pero turbada y confusa se despidió más temprano que lo acostumbrado. Dos días faltó y la inquietud de la viuda de Alcocer fué inmensa, porque ni aun tenía el recurso de averiguar si estaba enferma: ignoraba las señas de su domicilio.

— Pero la marquesa de Salas debe saberlas, dijo Augusto, impaciente y cuidadoso.

— Ella me la recomendó: creo la conoce desde niña.

— Pues voy a su casa.

Pero en aquel momento entró Carmen disculpándose: su anciano padre había estado un día en cama.

Era la primera vez que la joven levantaba un poco del velo de su vida. Después permaneció callada y abstraída por sus pensamientos. Augusto y la conde-

sa respetaron el hondo pesar reflejado en sus ojos, sintiéndose más y más interesados por la joven.

Se acercaba el mes de julio y la madre de Augusto se disponía a salir de París para pasar dos o tres meses en la risueña Andalucía; intentó conseguir que Carmen la acompañase; pero al saber que vivía con su padre, creyó inútil insistir.

Por de pronto Augusto, aunque dominado por la pasión y convencido de que existía un misterio en la existencia de Carmen, no perdía la esperanza y se encerraba en discreta reserva, mientras que la idea de largo tiempo acariciada crecía, agrandándose a medida que las investigaciones para encontrar al asesino de su padre eran sostenidas con energía.

Había sido su preocupación desde muy niño; y sólo cuando fué hombre, en un solemne aniversario, hizo saber a su madre la misión que se había impuesto y las investigaciones hechas para conseguir su objeto.

El competidor del conde tal vez se ocultaba con otro nombre o habría muerto, pues que al correr diez años nada se había descubierto.

¿Cómo se produjo la luz?

Una tarde y después de que fervorosamente habían rezado, como de costumbre, al salir del oratorio abrazó Augusto a la condesa y mostrando una carta, le dijo:

— Madre mía, al cabo de tantas incertidumbres, creo haber encontrado al asesino de mi padre.

— ¿Qué dices?

— Sí, esta carta lo asegura así; no hemos olvidado ni usted ni yo que exaltados por la pasión política, mediaron palabras ofensivas entre mi padre y el que había sido en un tiempo su amigo y correligionario: se pronunció la palabra traidor; se impuso el duelo y fué muerto a traición... El malvado huyó, se perdió... hoy me escriben de Madrid y dicen: «El asesino de tu padre vive en París: está en la miseria y habita en la calle de la Arcade, en la casa del ebanista Michel.»

Un grito desgarrador se escapó del pecho de Carmen y su cuerpo se desplomó.

Augusto y la viuda acudieron a ella: estaba fría y rígida como un cadáver. No tardó en llegar el médico llamado por la condesa; su diagnóstico fué alarmante: una impresión terrible había producido un ataque y no podía asegurar si se salvaría.

— ¡Que enganchen!, dijo la de Alcocer.

— Pero no sabemos dónde vive, interrumpió Augusto, por extremo conmovido.

— No; sería imprudente, interpuso el médico. Por ahora necesita sosiego, mucho sosiego.

— Pues a mi cama.

Y sin permitir otra ayuda que la de su hijo, tomaron en brazos a Carmen y la condujeron al severo dormitorio de la condesa. En un testero y frente al lecho, se destacaba un gran marco de ébano encerrando un retrato de cuerpo entero: el de Alcocer.

La joven no recobraba el conocimiento y buscando en los bolsillos de su modesto traje, encontró la condesa una carterita de cuero muy usada y tarjetas.

«Carmen Sepúlveda; Arcade, número 4.»

— Es preciso avisar a su padre; vete, hijo mío.

sus pupilas se agrandaron con expresión de espanto y piedad a la vez, permaneciendo como clavado sobre la alfombra. De repente Augusto, encarándose con el anciano, balbuceó:

— ¿Es usted D. Manuel Castro Fuerte?

— ¿Por qué negarlo? ¿Y usted quién es?

— El hijo del conde de Alcocer.

La joven saltó de la cama, corrió a su padre y como intentando defenderlo, le enlazó con sus brazos exclamando:

— Usted me ama, Augusto, y yo, añadió ruborizándose, no podía corresponderle, aun ignorando que era su padre quien tan funesta influencia había ejercido en el mío, y respetando su secreto...

— El de usted me dejó huérfano, contestó Augusto.

— No puede ser..., mi padre, mi padre, tan recto, no ha podido cometer un asesinato.

El anciano se irguió.

— ¿Asesino yo? ¿Y quién lo dice?

— Yo y la opinión pública. He buscado a usted años y años y sólo los criminales se esconden.

La condesa yacía como anonadada y sin palabra. Carmen, vacilante, fué a caer a sus pies y articuló con desgarrador acento:

— Mi padre es inocente: lo sé. Puedo afirmarlo. Por el amor de Augusto, no culpen a mi padre.

— ¿Será verdad?, exclamó la condesa; entonces... El anciano se adelantó diciendo:

— ¡Por mi hija, por esta criatura que ha endulzado

mis tristezas suavizando mi infortunio, juro que jamás mi mano ha empuñado arma criminal.

— Explique usted la causa de caer en ese funesto error, dijo Augusto.

— Nos batíamos a muerte, según condición del conde; al primer ataque me hirió levemente y mi florete hizo un rasguño en su brazo. Nos pusimos de nuevo en guardia; de repente Alcocer se tiró a fondo; su florete se encontró con el mío y sin poder evitarlo yo, él mismo se atravesó con él, se tambaleó y cayó muerto. Conmovido, viendo la inutilidad en favor suyo y que indudablemente aquella muerte preocuparía a la justicia, temblé por mi hija: yo preso, quedaría abandonada y entonces, con los dos testigos, hombres sencillos que estaban aterrados, abandonamos aquel sitio funesto. Desterrado de mi

patria injustamente, he vivido en la pobreza dando lecciones de español y ayudado por mi hija...

La emoción sofocó sus palabras y Augusto, en un arranque generoso, exclamó dirigiéndose a Carmen, que aun permanecía a los pies de la condesa:

— La amo a usted más que nunca: la admiro: ¿quiere usted ser mi esposa?

Y levantándola en sus brazos, la confundió con los de la condesa y corriendo a Castro Fuerte le dijo:

— Ella nos une: de su amor surge el olvido.

Al siguiente día, en el oratorio, cuatro seres felices rezaron la oración de la tarde, confundiendo su pensamiento como habían identificado sus corazones.



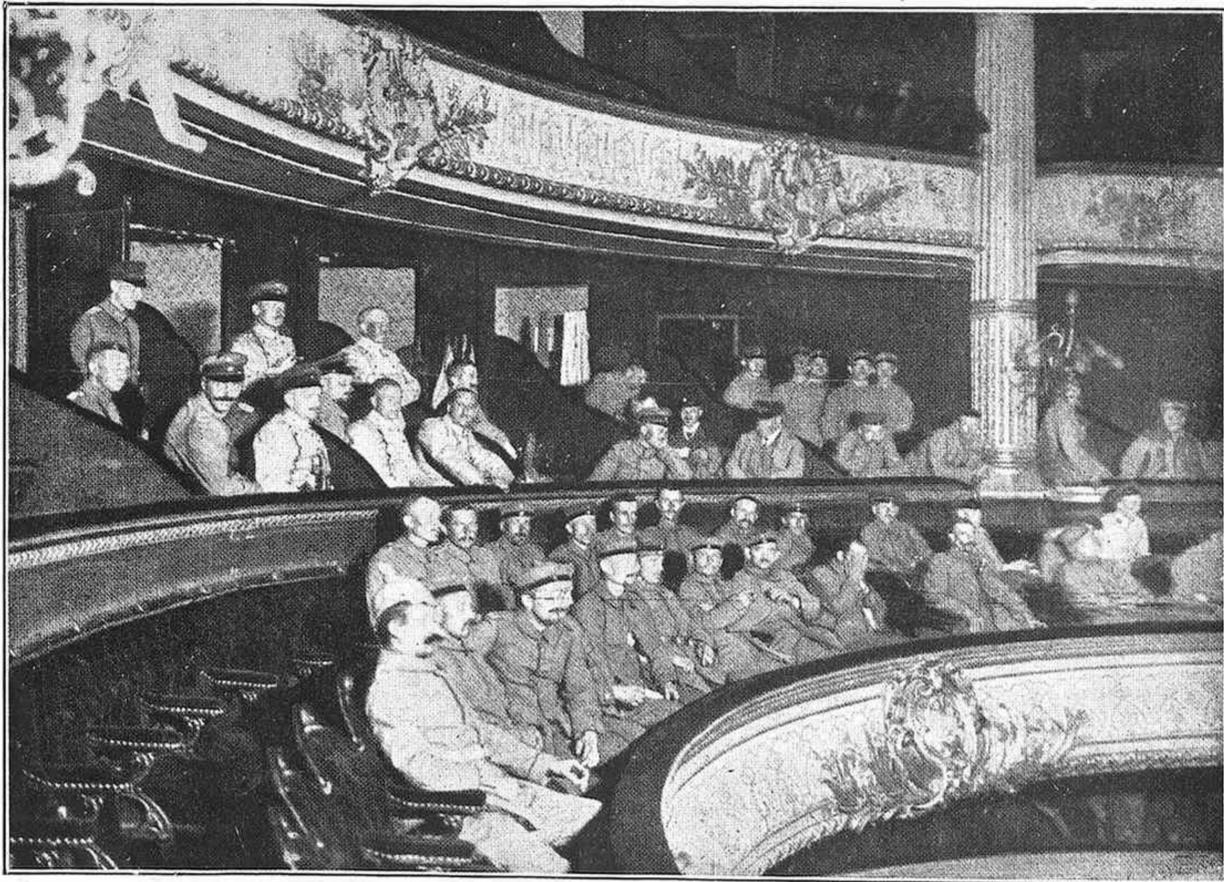
La guerra europea. — Soldados alemanes en Lieja compartiendo su comida con las gentes necesitadas de la ciudad

— Qué pálida está: parece una muerta.

Y sobreponiéndose a su emoción, salió y poco después llegaba en su coche a casa de Carmen.

Un hombre, más agobiado por la miseria y las penas que por la edad, pero de noble y distinguido porte, le recibió en humilde pero aseada habitación.

Al saber que Carmen había sufrido un ataque, se sobresaltó y agitadísimo exclamó:



Soldados alemanes presenciando en el teatro de Lieja una función organizada por sus camaradas. (De fotografías.)

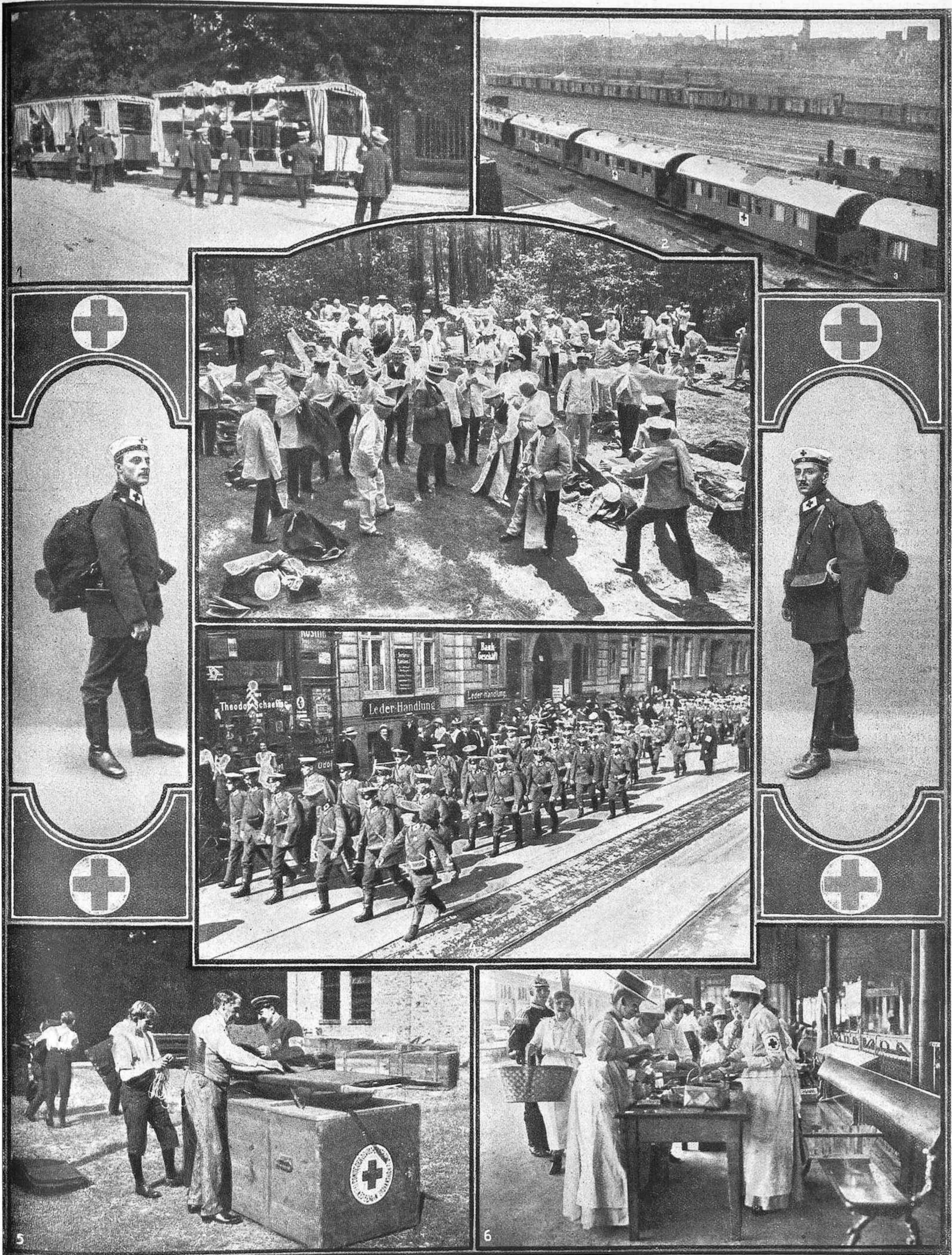
— ¡Mi hija, mi ángel de consuelo! ¿Puedo ir a verla?

— Sí, señor; en mi coche.

Al subir Augusto, después del anciano, se fijó en una muestra que decía: «Michel, ebanista.»

— ¡Qué rara coincidencia!, pensó.

Y una sospecha cruzó por su imaginación. Felizmente la joven había recobrado el conocimiento y al ver a su padre, le tendió los brazos, estrechándole convulsivamente. El retrato del conde, obra de un pintor célebre, tenía en la mirada singular expresión: aquellos ojos hablaban y parecían fijarse en el anciano, quien, al desprenderse de Carmen, buscó a la condesa para expresar su gratitud; pero de repente



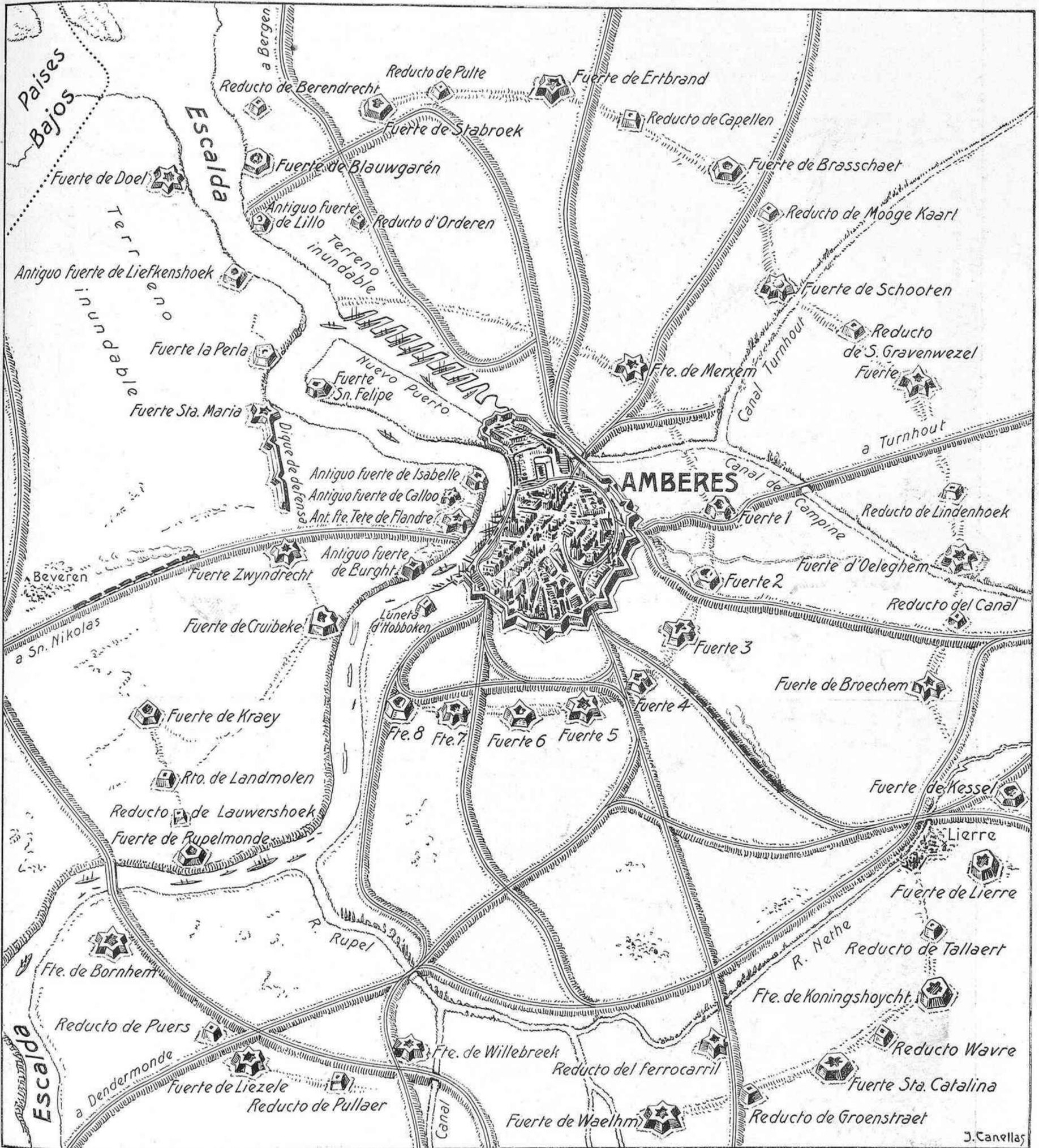
1. Tranvías sanitarios. - 2. Tren sanitario. - 3. Enfermeros voluntarios destinados al servicio de etapas poniéndose los uniformes. - 4. Enfermeros voluntarios destinados al servicio de etapas dirigiéndose a la estación del ferrocarril. - 5. Embalaje de los materiales destinados al transporte de enfermos. - 6. Mesa de refrescos instalada en una estación ferroviaria por las damas auxiliares de la Cruz Roja para las tropas expedicionarias. (De fotografías de Böhm, de Múnich, y de Gross, de Berlín.)



El Presidente visitó el día 5 el cuartel general francés y el cuartel general inglés y, al día siguiente, dos cuerpos de ejército franceses. El 6 por la noche llegó a París; el 7 recorrió el campo atrincherado, visitó una ambulancia organizada en Neuilly por la colonia norteamericana, depositó en el cementerio

guido aquéllos tomar los de Wawre-Santa Catalina, Lier, Wahelm y Koningshoycht y además el reducto de Port Moresley. Las tropas belgas que defienden la plaza han ocupado la línea del Ruppel y del Nethe, atrincherándose fuertemente en ella; los ataques intentados por las fuerzas alemanas contra estas

de Augustow, infligiendo al enemigo una tremenda derrota; han vencido, además, a los alemanes en Druskeniki, causándoles grandes pérdidas y obligándolos a una retirada desastrosa; han realizado grandes progresos en las provincias de Suwalki y Lida; y finalmente, después de vigorosos ataques, el ejército

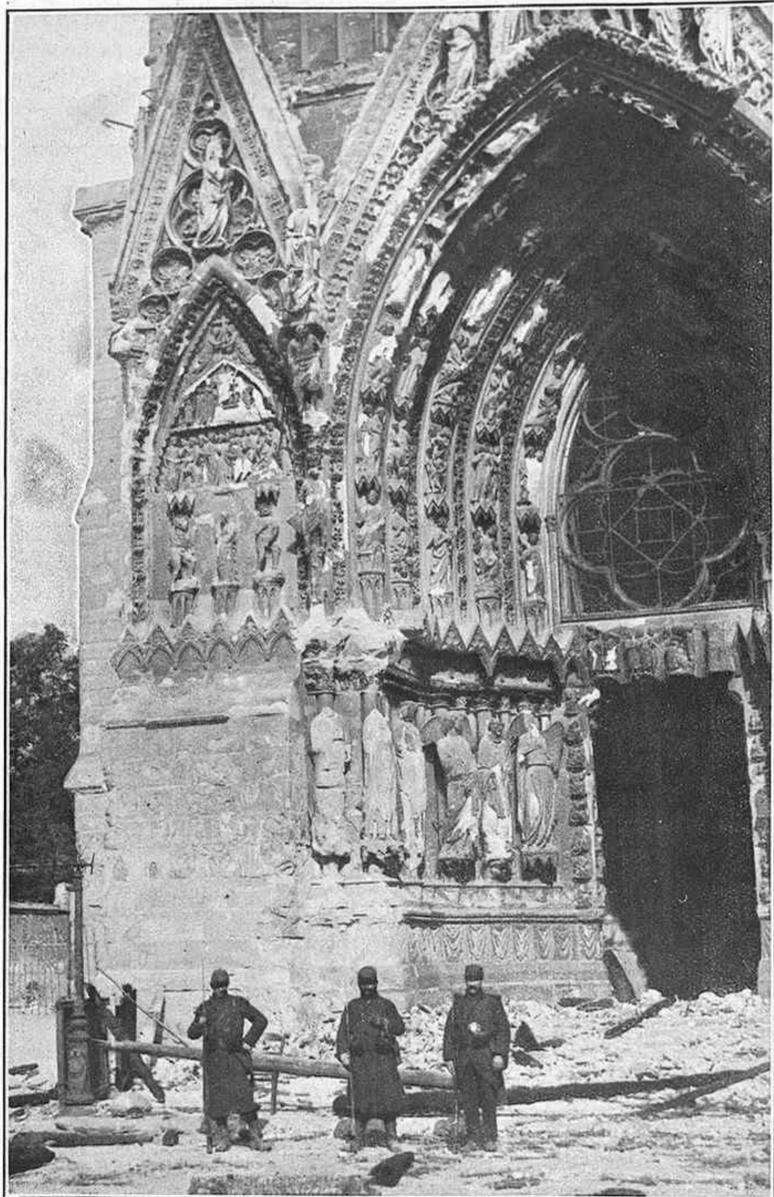


La guerra europea. - Plano de la plaza fuerte de Amberes, sitiada por los alemanes, y de su doble cintura de fuertes

de Bagnex una corona de flores sobre las tumbas de los militares parisienses muertos por la patria y estuvo en Val de Grace, y el 8 regresó a Burdeos. Este viaje del Sr. Poincaré ha sido considerado como la mejor prueba de la favorable situación en que se encuentran los ejércitos aliados. Ha comenzado el sitio de Amberes por los alemanes, cuya artillería gruesa empezó el día 1.º a cañonear los fuertes de la línea del Sur, habiendo conse-

posiciones han resultado hasta ahora infructuosos. Las operaciones que se desarrollan en territorio ruso entre rusos y alemanes revisten especial importancia y todas las noticias coinciden en que se han trabado en la región del Niemen sangrientos combates. Es difícil, sin embargo, averiguar de parte de quién ha estado la victoria, pues los mismos triunfos se atribuyen ambos beligerantes. Según los rusos, ellos se han apoderado de las posiciones alemanas

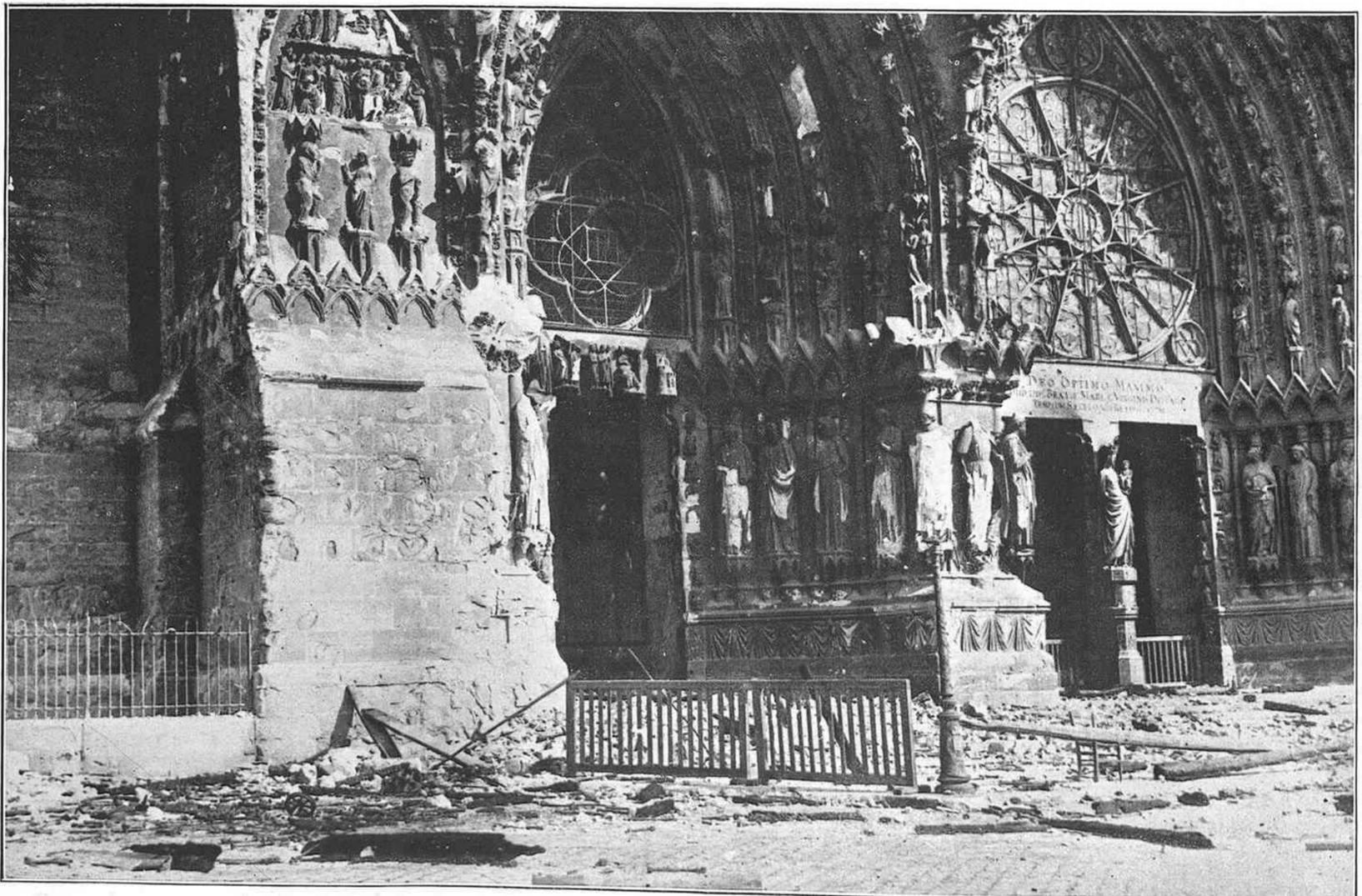
moscovita se aproxima a la frontera de la Prusia oriental, arrollando a los alemanes que, en su precipitada retirada, sufren pérdidas enormes en hombres y materiales de guerra. En cambio, noticias oficiosas y oficiales de Berlín afirman que los alemanes han ocupado la provincia de Vilna; que han fracasado los avances que los rusos hicieron desde el Niemen; que han fracasado asimismo las salidas intentadas por la guarnición de



Vista del pórtico del lado izquierdo

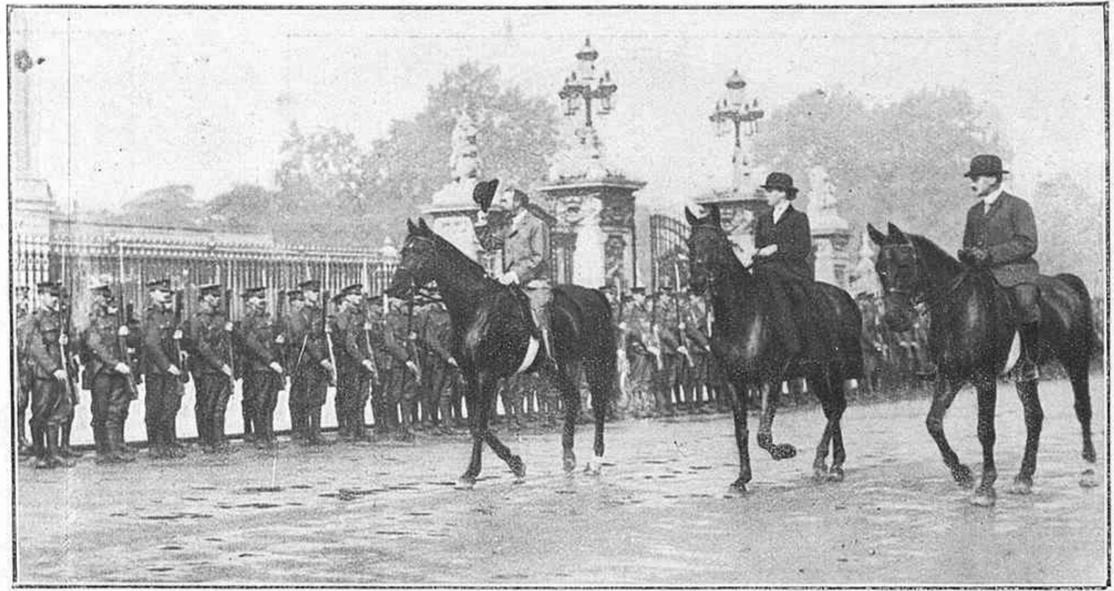


Destrozos causados por una bomba en un muro del interior



Vista de los pórticos izquierdo y central. (De fotografías de Branger.)

LA GUERRA EUROPEA



El príncipe de Gales al frente de la compañía en que se ha alistado. — El Rey Jorge V y la princesa María de Inglaterra revistando, delante del palacio de Bóckingham, a los granaderos de la guardia que van a la guerra. (De fotografías Topical, remitidas por Vidal.)



Tropas indias de infantería traídas a Europa por los ingleses para que tomen parte en la guerra. (De fotografía de Argus.) — **Fuenterrabia:** Visita hecha al castillo de Carlos V por sacerdotes alemanes incorporados a la Cruz Roja, que auxiliaron durante tres semanas a heridos franceses, ingleses y alemanes, y que habiendo sido hechos prisioneros en la batalla del Marne, fueron internados en España. (De fotografía de Hispania.)



En Semlis. La multitud delante de la estación bombardeada esperando el tren para París. (De fotografía de Rol.)

Ossovecz, plaza bombardeada por los germanos; y que los rusos fueron derrotados con grandes pérdidas en Augustow.

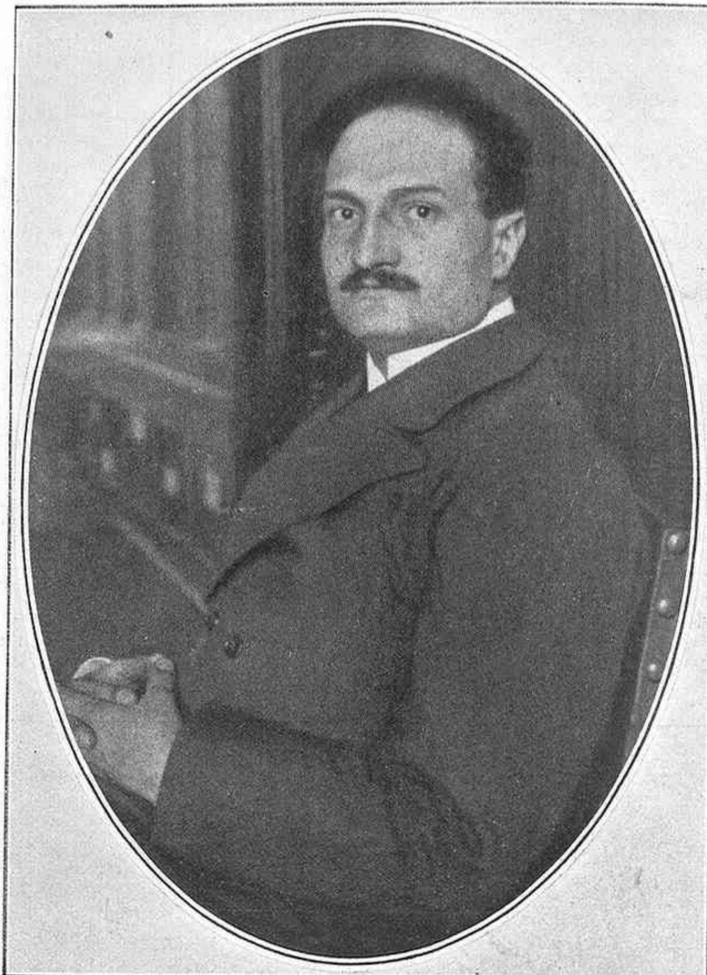
vios han recuperado Semlin; que serbios y montenegrinos progresan notablemente en la Bosnia, habiéndose apoderado de algunas colinas que dominan

contra los serbios y montenegrinos que intentaban un avance sobre Seraievo.

En el extremo Oriente, los japoneses tienen pues-



El príncipe Ernesto de Sajonia Méiningen, hijo del príncipe Federico, muerto en el ataque de Namur, y que murió al frente de sus tropas delante de Maubeuge



El conocido diputado democrático socialista alemán Dr. Frank, que se alistó como voluntario en el ejército y murió en un combate cerca de Luneville

Completando esta parte de nuestra información, diremos que, según despachos de San Petersburgo, el tsar ha salido para el teatro de la guerra y ha establecido su cuartel general en Bielostok.

Las mismas dificultades encontramos para saber con certeza lo que ocurre entre rusos y austriacos. Veamos lo que nos dicen desde San Petersburgo: que en Galizia, los austriacos continúan retirándose en desorden y perdiendo numerosos prisioneros, material de guerra y víveres; que los rusos tienen el paso de los Cárpatos, penetran en territorio húngaro y están a 150 kilómetros de Budapest; y que han tomado dos fuertes de Przemysl, a la que tienen puesto sitio y bombardean con éxito, y ocupado unas alturas situadas a cuatro o cinco millas de aquella plaza. Y el diario londinense *The Daily Telegraph* dice que las aplastantes derrotas infligidas por los rusos a los austriacos están demostradas por el hecho de que las bajas sufridas por los últimos hasta 24 de septiembre son: 150.000 muertos, 200.000 heridos, 200 mil prisioneros y 900 cañones perdidos.

Por su parte, los informes oficiales del Estado Mayor austro-húngaro afirman que los ejércitos austro-alemanes han emprendido una enérgica ofensiva en Galizia y en la Polonia rusa, mientras la ofensiva rusa se transforma en constantes repliegues; que los austriacos han derrotado a los rusos cerca de Suwalki, haciéndoles 3.000 prisioneros y tomándoles muchos cañones y material de guerra; que la fortaleza de Przemysl se resiste con éxito y que el intento de los rusos de forzar el paso de los Cárpatos para invadir Hungría ha fracasado por completo. En cuanto a las bajas citadas por *The Daily Telegraph*, la embajada de Austria-Hungría en Madrid se limita a decir en una nota facilitada a la prensa, que aquellas cifras «son de tal manera fantásticas y absurdas, que el público mismo que esté medianamente informado sobre la situación militar sabrá juzgarlas debidamente».

Noticias de Belgrado y de Nish dicen que los ser-

Seraievo y de todas las líneas férreas que convergen en aquella; y que los montenegrinos rechazaron a los austriacos, que atacaron sus posiciones de Graovo, causándoles grandes pérdidas. Notas oficiales de

to sitio a la plaza alemana de Tsing-Tao, habiendo destruido con su bombardeo multitud de edificios y echado a pique un contratorpedero y un destructor alemanes. Además, un destacamento japonés se ha apoderado de Galuit, residencia del gobernador alemán de las islas Marshall.

Noticias de procedencia alemana dicen que en el primer asalto de la infantería a Tsing-Tao, los japoneses y los ingleses fueron rechazados con grandes pérdidas.

Se ha desmentido la noticia de la muerte del príncipe Adalberto, tercer hijo del emperador Guillermo, de la que nos hicimos eco en la última crónica. Dicho príncipe sirve en la Marina y no en el ejército de tierra.

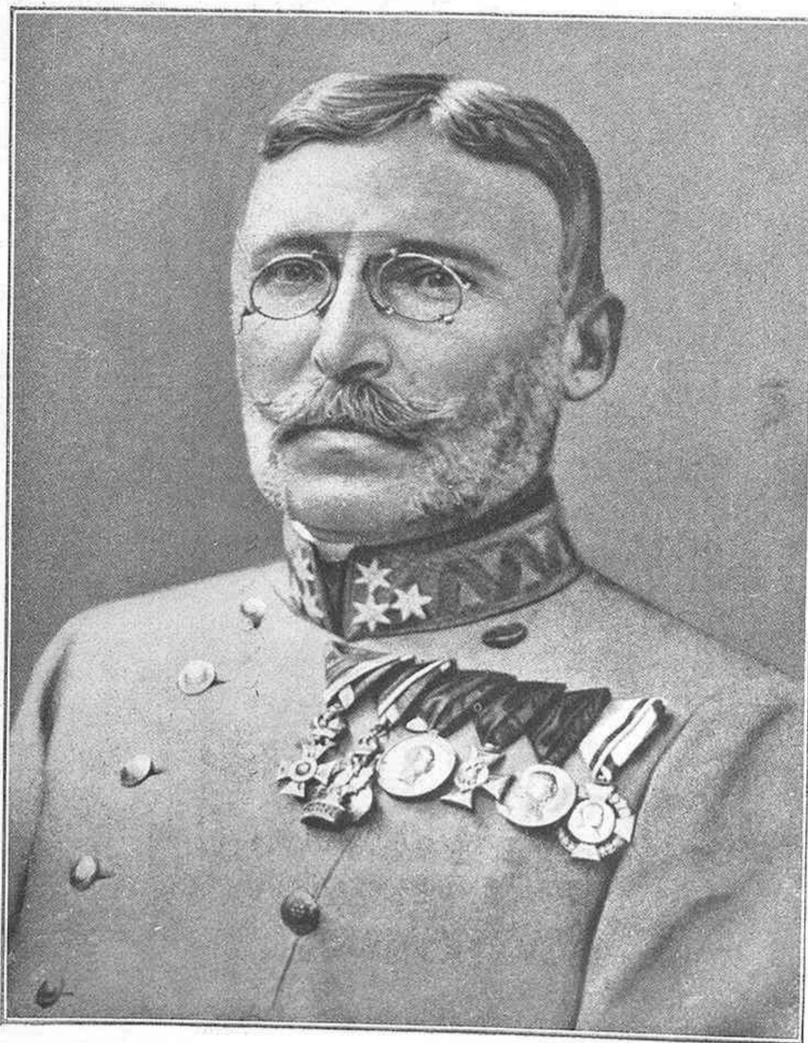
El príncipe Francisco, tercer hijo del rey de Baviera, ha sido herido en uno de los últimos combates librados en Francia.

Portugal, según parece, se apercibe a intervenir en la guerra para luchar al lado del ejército anglo-francés, haciéndose con gran actividad los preparativos para la movilización. Un diario de Lisboa dice que desde luego partirán para Francia 120 cañones Schneider-Canet, según unos, y según otros, cuatro grupos de tres baterías solamente. «En la primera hipótesis, añade, el efectivo de las fuerzas expedicionarias se elevará a 5.800 hombres; en el segundo caso, la totalidad del contingente que marchará a la guerra no pasaría de 2.500 hombres en lo que se refiere a Artillería, sin contar las tropas de Sanidad, Administración militar y demás servicios necesarios a un ejército en campaña.

»Se afirma que después irán a juntarse con la Artillería portuguesa contingentes de Infantería, Caballería e Ingenieros, formando una división que mandará el general Juce de Costa.»

Según las últimas noticias, la expedición se compondrá de 16 a 20.000 hombres de Infantería, Caballería y Artillería, con 200 cañones.

El pueblo portugués ha acogido con entusiasmo la intervención de Portugal en la guerra, habiéndose efectuado manifestaciones patrióticas en pro de la misma en varias capitales.



El general de infantería austriaco Mauricio de Auffenberg, que manda el ejército austro-húngaro que opera contra los rusos. (De fotografías.)

Viena afirman que las tropas austro-húngaras avanzan en Servia con lentitud, pero en condiciones favorables, y que han emprendido una enérgica ofensiva

en el extremo Oriente, los japoneses tienen pues-

# POR CASAR A SU HIJA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE N. MARTÍ CABOT



El coronel echó dos firmas lanzando un gran suspiro

## CAPÍTULO PRIMERO

### TELEGRAMA

«Coronel Marievitch (Hotel de Bade, París).

Casamiento Katia deshecho; sin fondos; remite inmediatamente suma considerable.

*Barbara Slavsky.»*

Quando el camarero del hotel entró este telegrama el coronel estaba todavía acostado, calculando de antemano las ganancias probables de una empresa comercial que acababa de germinar en su fecundo cerebro.

La vista de aquel papel azul volvióle a la realidad, pues la lectura del telegrama no era propia para transportarle al quinto cielo.

—No me extraña que se haya deshecho el casamiento de Katia, gruñó entre dientes, puesto que no es la vez primera que esto pasa... Pero, pedirme una suma considerable... ¿De dónde quiere Bárbara que yo la saque?

No obstante, como el coronel estaba acostumbrado a acceder a los deseos de Bárbara, levantóse, se vistió rápidamente un traje completo de muletón blanco y, con los pies desnudos en sus babuchas, fué a buscar su portamonedas que estaba encima de la chimenea.

—No tengo más que diecisiete francos y sesenta y cinco céntimos, dijo melancólicamente, después de haber registrado hasta los últimos repliegues de su monedero que era una obra maestra de Klein... Se me figura que esto no es una suma considerable.

Para descargo moral de su conciencia abrió un mueblecillo en donde había varios cuadernos azules que contenían cuentas o memorias y que olían a procesos a la legua; pero las ansiosas pesquisas que llevó a cabo en todos los cajones, obtuvieron un resultado negativo del cual él estaba seguro de antemano; por lo cual contristado, pero sin sentir el menor desánimo, el coronel sentóse en el muelle sillón de terciopelo granate, que no faltan nunca en los cuartos de un hotel con pretensiones.

—¿De dónde diablos quiere que yo saque esa suma considerable que me pide?, repitió Boleslao Marievitch cruzando sus piernas demacradas, cubiertas de muletón.

Con el codo apoyado en la rodilla y la barba en la palma de la mano el coronel se entregaba a una pesquisa minuciosa en los rincones más hondos de su cerebro, mejor provistos que los de su armario, pero tan desprovistos como él de numerario, cuando de pronto llamaron quedamente a la puerta.

—¡Adelante!, dijo el coronel dirigiendo hacia la puerta sus ojos de un gris obscuro, en donde brillaba un débil rayo de esperanza.

El desaliento apoderóse de él al fijarse en el visitante, que presentóse con el despejo tímido de un inferior bien educado que respeta profundamente a su superior.

—¿Eres tú, Josia?, dijo Marievitch en un tono a la vez protector y brusco; toma y lee lo que me telegrafía Madama Slavsky.

Josia cogió el telegrama y lo leyó con aire conster-

nado y luego, levantando al cielo en ademán de imprecación la mano que le quedaba libre, dejola caer fijando en el coronel sus ojos de un azul de porcelana, llenos de una conmiseración profunda.

— ¿Tú no posees por casualidad una suma considerable, Josia?, preguntó nuestro héroe, cruzando las piernas al revés de como las tenía, pero conservando siempre la barbilla en la palma de la mano.

José Milaredskevicht, conocido más generalmente de sus amigos por el diminutivo de Josia, hizo un gesto negativo tan enérgico como lo permitía la blandura y mansedumbre de su temperamento.

— Ante todo hay que saber qué es lo que entiendo por una *suma considerable* Madama Slavsky, continuó diciendo el coronel.

— Mil francos quizás, sugirió tímidamente Josia.

El coronel agitó la cabeza lentamente, pero con aire de convicción.

No, para Madama Slavsky mil francos no constituían una suma considerable.

Josia, humillado ante la derrota que acababa de sufrir, inclinó el rostro cubierto de rubor y no se atrevió a desplegar los labios.

— Con dos mil tampoco estamos al cabo de la calle; harían falta unos tres mil francos. ¿No crees tú, Josia, que bastaría con tres mil francos?

— Yo creo, mi coronel, que es una suma suficiente, muy suficiente.

— Estamos de acuerdo; le enviaremos tres mil francos.

Muy satisfecho y sereno por haber resuelto aquella primera dificultad, el coronel se levantó y dió unos cuantos pasos por el cuarto, parándose al poco rato.

— Ahora lo que hace falta saber es dónde vamos a encontrarlos.

Josia bajó los ojos al suelo, abrumado de no poder contestar a aquella pregunta tan sencilla.

— Di, ¿has estado en la caja de la administración? ¿Hay algo?

— Nada, mi coronel, suspiró el joven secretario.

— ¿Nada?

— Absolutamente nada. ¿No recuerda usted, coronel, que el sábado pasado cuando estuvimos en el circo cogió usted todo lo que había dentro?

— Sí, dijo el coronel, mirando al techo, me parece recordar de un modo vago... ¿Qué suma había en la caja?

— Ciento veintisiete francos, repuso el fiel secretario.

— Pero no hemos podido gastar toda esa suma, exclamó el coronel vivamente, debió sobrar algo..., pues todavía no me han pasado la cuenta en el hotel.

— Acaban de hacerlo, señor, dijo Josia con aire lastimoso... Ahí la tiene usted.

— ¡Cómo! ¿Le la han dado?, preguntó el coronel que no se desconcertaba por tan poca cosa. Ya la pagaremos después. Y rechazó la cuenta que le daba José... Se trata ahora de los ciento veintisiete francos. ¿Cómo diantre han podido gastarse?

Josia sacó de otro bolsillo un cuaderno de piel de Rusia que olía muy bien, con sus iniciales de plata, regalo de Madama Bárbara Slavsky y leyó lo que sigue:

Coche para ir al circo. . . . .	2 fr.
Dos sillas en el circo con propina a la acomodadora. . . . .	5
Dos ramos de flores para dos señoras a quienes se encontraron en el circo. . . . .	20
Tres coches para ir a cenar con los amigos del señor coronel. . . . .	6
Cena en casa de Peters para seis personas. . . . .	91,75
Entregados al coronel a petición suya. . . . .	40
<b>Tota! . . . . .</b>	<b>164,75</b>

— ¡Ciento sesenta y cuatro francos y setenta y cinco céntimos! Pero ¡si no teníamos más que ciento veintisiete francos!, repitió el coronel.

— El resto era mío, señor, balbuceó el perfecto secretario, lleno de una noble confusión.

— Entonces te debo treinta y siete francos, setenta y cinco céntimos..., agrega esta cantidad a la cuenta precedente y ya te lo pagaré más tarde.

Josia se inclinó.

— El coronel puede estar seguro de mi afecto.

— Muy bien, muy bien, dijo Marievitch con aire protector, ya sé que me quieres.

Y dió un golpecito amistoso en el hombro del joven cuyos ojos se llenaron de lágrimas de alborozo y orgullo; luego encaminóse a su tocador.

Al ir a comenzar sus abluciones volvióse hacia Josia que estaba siempre de pie.

— Siéntate, querido, y búscame el medio de procurarme esos tres mil francos que es preciso enviar hoy mismo a Madama Slavsky.

Mientras que el coronel se lavoteaba y Josia se quebraba la cabeza buscando un recurso salvador, el

péndulo, que por un milagro marchaba bien, sonó las once.

— ¡Las once!, exclamó Marievitch alzando por encima de la palangana su cabeza de tritón con patillas... Corre al tribunal de la sociedad, Josia, y di a esos señores, si es que se han presentado allí, lo que no es probable, que el coronel está indispuerto y les ruega que le excusen. Diles que espero liquidar definitivamente mis cuentas el jueves próximo.

Ante esta perspectiva, tan brillante como inesperada, Josia levantó hacia el coronel sus ojos llenos de alegría; pero éste, que tenía una gran esponja en la mano, había vuelto a sumergir su rostro en la jofaina de porcelana.

Al cabo de unos veinticinco minutos Josia volvió jadeante y muy sofocado; el coronel, sentado ante un bellissimo espejo de tocador con marco de plata, estaba pasando con complacencia un peine embebido en un tinte por los hilos sedosos de sus perfumadas patillas, que eran negras, largas y muy hermosas; teñíaselas nada más por precaución.

El coronel era joven aun, tan joven que el usar el tinte semejaba en él una ironía; sin embargo, las funestas patas de gallo, en torno de los ojos, indicaban la aproximación de la cincuentena y esto era lo que indignaba al coronel. Nada más verdadero que aquel axioma, enunciado antaño por un respetable conserje: «No se tiene más edad que la que se representa.» Y el coronel tenía el aspecto joven.

Alto, delgado, bien parecido, no se le podía echar en cara más que un defecto y era que producía la impresión de no sostenerse más que por un armazón de alambre. Al verle se experimentaba el vago temor de que si un travieso pilluelo se le quitaba de repente, el coronel se derribaría todo lo largo que era sobre el primer sillón que hallase a su alcance. Pero este quimérico terror se disipaba en cuanto se conocía mejor al encantador coronel Boleslao, que era una de esas personas que parecen siempre prontas a desmayarse y que duran indefinidamente.

Sin embargo, la vida había gastado mucho su organismo; la vida, pero no el trabajo, aunque tuviese pretensión de ser el hombre más ocupado del universo.

En su juventud sirvió en el ejército ruso; más tarde, su fortuna que era bastante escasa dispóse muy pronto en humo, humo de cigarros y de vapores de punch, sin tener en cuenta los suspiros exhalados a los pies de las mujeres bonitas.

Polonés de origen, y católico, no supo ganarse nunca el afecto y la simpatía de sus camaradas de regimiento; su trato estaba lleno de atractivo y amabilidad, jugaba con gran desenvoltura y arrojo, pero le faltaba ese no sé qué que atrae el cariño y la confianza: quizás algo más de firmeza en la mirada errabunda de sus ojos grises, quizás algo más de franqueza en su sonrisa. Nunca pudo definirse lo que le faltaba, como tampoco los motivos que le decidieron a elegir domicilio en París.

Hacia veinte años que vivía en París, haciendo frecuentes viajes a Baden, Hamburgo y a otras poblaciones en la época en que florecía aún la divina ruleta y que fué expulsada más tarde por Alemania, que se moralizó e hizo muy virtuosa después de la guerra. ¿Qué motivó este cambio? Nadie lo sabe, a no ser que fuese por el contacto de esos monstruos de franceses, que como nadie ignora son la cifra y compendio de todos los vicios de nuestra viciosa humanidad.

El caso es que después de este acceso de virtud germánica el coronel se encontraba fuera de su centro; no le quedaban más que dos parajes donde poder saciar la más devoradora de sus pasiones y eso que todas las suyas lo eran; ambos estaban muy lejos; eran Saxón y Mónaco.

Se ha cantado en todos los tonos la gloria de Mónaco; ¿quién cantará la de Saxón ahora que no existe? También Saxón se ha hecho virtuoso. El ferrocarril que lleva a él, a lo largo del valle del Ródano, entre las cimas escarpadas de los Alpes, bajo la menuda y fina lluvia de las armoniosas cascadas, ese pobre ferrocarril no producirá más rendimientos y las locomotoras abandonadas acabarán de echarse a perder roídas por la herrumbre y la desesperación.

¿Quién se aventurará a ir a Saxón estando las casas de juego cerradas? ¿Quién tendrá el descaro de hablar todavía en la cuarta plana de los periódicos de sus aguas medicinales? ¿Qué infortunado, débil de cuerpo o de espíritu tuvo jamás el candor de ir a Saxón para aliviar sus males físicos? Lo único que podía curarse allí verdaderamente era la anemia del bolsillo, aunque, como suele suceder, cuando se toman las aguas inoportunamente, a menudo el bolsillo salía de la cura más vacío que antes.

Al coronel le gustaba mucho Saxón, no a causa de la salvaje roca que le domina, sino de la ruleta, sin

abominar por eso del treinta y del cuarenta; le gustaba también porque era un lugar apartado a donde no acuden más que los adeptos.

En Mónaco en cambio se encuentra uno con toda la gente de Europa; los camareros de los hoteles han visto desfilar ante sí a todos los que han llevado, llevan o llevarán un nombre célebre; sin contar la masa enorme de los que viven y mueren desconocidos, menos para sus allegados.

Al coronel no le gustaba mucho encontrar rostros conocidos cuando iba a hacer sus sacrificios en el altar de la fortuna; así podía decir en el bulevar a los amigos que se encontraba entre cinco o seis de la tarde: «Vengo de Niza.» Siempre Niza; nunca Mónaco. Nada le era más desagradable que detenerse, hablar, saludar a cualquiera, aunque fuese una figura conocida, cuando recogido en sí mismo y con la esperanza de una martingala subía las gradas del templo.

Por todos estos motivos prefería a Saxón, yendo hacia él de cuando en cuando, pasando subrepticamente por Ginebra sin detenerse en ella, buscando un cupé para él solo, mientras trazaba en su cerebro las combinaciones más temibles contra los arrendatarios del juego.

Sin embargo, aquel día el coronel no pensó en ir a Saxón, primero porque no tenía el dinero para el viaje y en segundo lugar porque tampoco podía disponer de tiempo para ello. Al ver entrar otra vez a su secretario le miró lleno de inquietud.

— ¿Qué ha dicho el Consejo de Administración, Josia?

— No había nadie, coronel.

— Muy bien. ¿Has puesto un telegrama contestando a Madama Slavsky?

— No, coronel, no..., balbució el tímido Josia.

— ¡Qué descuido!

— Es que yo, coronel, ignoraba...

— Lo que hay que contestar, ¿no es eso? Y, sin embargo, nado más sencillo... Amigo mío, es preciso que de aquí en adelante tengas más iniciativa. No olvides, Josia, que la iniciativa es la mitad del buen éxito; la otra mitad queda en manos de la Providencia. Coge una pluma... ¿Tienes ahí papel de telegramas?

— Sí, coronel, tengo siempre.

— Muy bien... Escribe: *Madama Slavsky, Mónaco...* Con estas señas basta... Todos los telegrafistas la conocen... ¿Has puesto lo que te he dicho?

— Sí, coronel; Madama Slavsky, Mónaco.

— Continúa: *Suma pedida saldrá correo esta noche.*

— ¡Esta noche!, repitió Josia que clavó en su jefe unos ojos más espantados que nunca. ¿Y si no puede agenciársela, coronel?

— No habrá otro remedio, Josia, puesto que la hemos prometido telegráficamente... No se puede hacer esperar a una señora y mucho menos a Madama Slavsky. Escribe: *Remite relato detallado del casamiento deshecho; vivo sentimiento, inquietudes. Buenos negocios.*

— ¡Buenos negocios!, repitió maquinalmente Josia; luego emudeció quedándose con la pluma en el aire. ¿Buenos negocios?, dijo otra vez en un tono lleno de dudas.

El coronel cruzó su pierna izquierda por encima de su rodilla derecha.

— No hay que inquietar nunca a las damas, dijo en un tono sentencioso que no excluía la benevolencia. ¿Qué conseguiremos con decir a esa excelente Madama Slavsky que nuestros asuntos marchan muy mal sino darla un gran disgusto, sin que por eso salgamos nosotros de nuestros apuros? Hay que evitar los choques, Josia, hay que evitar los choques inútiles y suavizar los que no pueden evitarse; esto es una máxima del sabio. ¿De cuántas palabras consta el telegrama?

— De veinte.

— ¿Y la firma? Así serán veintiuna. Pagarás doble tasa.

— ¿Y si suprimiéramos una palabra, coronel? Se me figura a mí que sin alterar el sentido del despacho...

— Esa es la economía del chocolate del loro, amigo mío... La tacañería es muy buena para la gente de poco pelo... Expide ese telegrama tal como está... Ahí tienes dinero sobre la chimenea.

Josia, sumiso siempre a las órdenes de su jefe, tomó diez francos que había sobre la repisa de mármol, en la que el coronel había depositado todo el dinero de que disponía entonces, y se encaminó hacia la plaza de la Bolsa.

Al bajar la escalera tropezóse con un joven de unos treinta años, de fisonomía abierta y alegre, que parecía estar más contento de vivir que un gorrión.

— Ratier, ¿es usted?, el cielo me le envía. ¿Tiene usted dinero?

- Ni un sueldo, señor de la Corteza de Naranja. ¿Y usted?

Josia, acostumbrado a que le llamaran aquel nombre tan singular, respondió menciando tristemente la cabeza.

- Voy corriendo a Telégrafos, dijo mientras continuaba bajando la escalera, vuelvo en seguida. Suba usted a ver al coronel que se alegrará de verle.

- ¿Qué cantidad necesita usted?, preguntó Ratier corriendo tras el pálido secretario.

- Tres mil francos, dijo éste con aire lastimoso.

Ratier modeló un silbido que tenía más elocuencia que distinción.

- ¿Para cuándo?

- Nos hacen falta en seguida.

Las cejas de Ratier dibujaron un hermoso acento cincunflejo por encima de sus ojos chispeantes de malicia.

- ¡No pide usted poco! ¿Por qué no exige usted tres millones antes del almuerzo?

- No crea usted que no lo preferiría, gimió Josia desapareciendo en el vestíbulo.

Ratier se le quedó mirando y después encogióse de hombros con aire de tierna conmiseración.

- Ese pobre muchacho será siempre el mismo, dijo hablando consigo mismo, y sería lástima que cambiase, pues en su género es un modelo acabado.

El joven subió los escalones de cuatro en cuatro, y después de haber llamado entró en seguida en el cuarto del coronel.

- ¡Ah!, Ratier, ¡el cielo le envía!, exclamó el coronel, poniéndose en pie inmediatamente.

- Lo mismo acaba de decirme su secretario en el rellano del primer piso... Veo que la alegría de los dos sabe hallar las mismas expresiones... Pues bien, dígame usted qué es lo que debo hacer para cumplir la misión que la Providencia me confía sin yo saberlo.

- Mi querido amigo, es preciso que me encuentre usted tres mil francos en seguida.

- ¿En seguida... quiere decir?

- Antes de las cinco.

Ratier se sentó en el sillón de terciopelo granate y se reclinó en el respaldo.

- Josia me lo dijo, pero no quise creerlo, repuso poniéndose serio.

- Y sin embargo es cierto; Madama Slavsky necesita inmediatamente una *suma considerable* y...

- Si es para Madama Slavsky la cosa cambia de aspecto, exclamó Ratier dando un salto; tiene una hija tan bonita. ¡Que lástima que se case con ese imbécil de!..

- No se casa..., repuso el coronel mordiendo los labios.

Ratier no le dejó acabar.

- ¡Con ningún imbécil!, exclamó.

- Al menos por el momento.

- ¡Evohé! Baco es rey, cantó el joven a plena voz y la última nota prolongada hizo retemblar los cristales; después de lo cual Ratier, que cultivaba todas las artes, marcó un paso coreográfico de casa Bullier; luego volviendo a revestir un aspecto grave, se pasó la mano por el chaleco, alisó su soberbia cabellera oscura y apoyándose en la chimenea, en la actitud de Chateaubriand, exclamó:

- ¡Hola! ¿Conque la señorita Slavsky no se casa ya? No debe de estar su madre muy contenta.

- ¿Qué quiere usted decir con eso?, dijo el coronel ofendido y tirando lentamente de una de sus largas y sedosas patillas.

Ratier echóle una mirada en la que la malicia y una simulada deferencia formaban un cómico maridaje.

- Quiero decir, dijo poniéndose muy serio y subrayando maliciosamente sus palabras, quiero decir que casar a una joven es la empresa más ardua del mundo; que como la señorita Slavsky es una joven sin tacha, la misión se hace aún más difícil y espionosa, y que puesto que su señora madre había ya encontrado el yerno que le convenía, pues si no, no lo hubiese aceptado, no debe de sentirse muy dichosa al tener que buscar otro yerno que le convenga igualmente o que le convenga más; pero es de suponer que la ruptura no ha provenido del novio ¿no es eso? Se ve que el esposo elegido no convenía y Madama Slavsky habrá creído que su deber de madre era el de buscar un conjunto de cualidades que...

La puerta se abrió para dar paso a la desmedrada figura de Josia.

Ratier se calló instantáneamente.

- ¿Tan pronto?, exclamó sorprendido, no he tenido tiempo más que para pronunciar una frase...

- Pero era muy larga, observó el coronel, no tan enojado ya, pero mostrándose aún extraordinariamente digno.

- A veces me pregunto si no me convertiré en un

abogado, replicó melancólicamente Ratier; si no sigo esta carrera será una pérdida para el foro, pues puedo hacer periodos de un cuarto de hora, sin perder el hilo del discurso, y conozco a muy pocos que puedan hacer, bajo su palabra de honor, semejante afirmación... Diga usted, Josia, caballero de la Corteza de Naranja, ¿salió ya su telegrama?

- Sí, dijo Josia, con aire distraído. ¿Arregló usted ya ese negocio?

- ¿Se refiere usted al dinero?, dijo Ratier con soberbio desdén. En absoluto; pero ahora mismo nos vamos a ocupar en ello. ¿Qué hora es?

- La una y cinco, contestó el coronel sacando su reloj.

- ¡Qué reloj tan hermoso! Es de oro.

- ¡Claro está!, dijo Boleslao con aire desdeñoso.

- ¡Muy bien pensado!, repuso Ratier moviendo la cabeza como un sabio filósofo. Un hombre que se respeta debe tener todas sus alhajas de oro macizo y muy macizo.

- Las alhajas falsas son indignas de un *gentleman*, exclamó el coronel siempre desdeñoso.

- Pero no por lo que usted dice, dijo Ratier cada vez más sabio y más filósofo.

- ¿Por qué, entonces?

- Para poder llevarlas al Monte de Piedad.

El coronel miró su reloj, lo volvió a guardar en el bolsillo de su chaleco, jugó un momento con la cadena y se puso muy serio.

- ¿Cuánto le dan a usted por ese reloj?, preguntó Ratier acercándose confidencialmente al coronel.

- ¿Por este reloj?, repitió turbado el coronel.

- Sí, con la cadena.

- Pero...

- Apostaría a que le dan a usted más de quinientos francos.

- Cuatrocientos cincuenta, dijo la voz de tenor de Josia, a quien el coronel lanzó una mirada terrible.

- ¡Vale mucho más!, exclamó Ratier con tono de superioridad. Vamos, coronel, no mire usted tan irritado a Josia; no volverá a hacerlo más. Es la una y diez, el correo se cierra a las seis. Podemos disponer de cuatro horas y media; es más de lo que hace falta para conquistar el vellocino de oro. ¡Sus mis bolivianas!

- ¿Qué bolivianas?

- Mis acciones de ferrocarril. ¡Y qué ferrocarril! Imagínese usted, coronel, que la vía atraviesa catorce ríos, veintitrés riachuelos, once selvas vírgenes y tres volcanes en erupción. ¿Qué les parece a ustedes?

- Que los volcanes en erupción no permitirán que se verifiquen los trabajos, apuntó tímidamente Josia.

- Están trabajando con toda actividad en su extinción. Son trabajos subterráneos, ¿comprende usted? Esto es lo que ha impedido hasta ahora la construcción de la vía y el que las bolivianas no se coticen en la Bolsa.

- ¿Entonces no valen nada?, preguntó el coronel arqueando sus negras cejas hasta la altura de sus negros cabellos.

- Son por el estilo de la *Restitución de l'Aurochs*, dijo Ratier mirando por la ventana.

Boleslao se ruborizó de pronto y pareció agitado por una violenta cólera; pero en aquel momento Ratier le era demasiado útil para que pudiera enfadarse con él.

- ¿Qué quiere usted hacer entonces con esas bolivianas?, preguntó con voz que aun conservaba un ligero temblor. Nadie las comprará.

- ¡No!, no creo que haya nadie tan cándido que las compre. Cuando pienso, exclamó, furiosamente que yo, Ratier, un hombre inteligente, he comprado ese papelucho por valor de sesenta mil francos.

- ¿Por valor de sesenta mil francos?, balbució Josia.

- Sí, amigo mío, al portador.

- ¿Y valen?..

- ¡Ni un rábano!

- ¿Entonces?..

- Hay todavía gentes que creen en Bolivia y me prestarán quizás quinientos francos sobre ellas... Ya comprenderá usted que no hay que hablarles de los volcanes... Sesenta mil francos en títulos aunque no valgan nada causan siempre algún efecto.

- Al menos son una prueba de la buena fe del que las ha comprado, dijo amablemente el coronel.

- ¡Hum!.. No sé... ¿Le tiene usted todavía acciones de *l'Aurochs*?, preguntó el incorregible Ratier.

- Algunas... ¿Por qué?

- Por nada... Por saberlo... No; la posesión de esos títulos no prueba siempre la absoluta buena fe de su comprador; a lo sumo es una presunción.

- Amigos, amigos, secundad mi osadía, cantó a plena voz. ¡Vámonos!

- ¿A dónde?

- A mi casa a buscar las bolivianas; todas las bo-

livianas y mis doce cubiertos de plata; los meteremos en el coche.

- ¿Vamos a tomar un coche?, preguntó Josia.

- ¡Oh! ¡alma timorata!, replicó Ratier, ¿es que se va a pie cuando uno tiene prisa?

- ¡Pero si no tenemos dinero!

- Pero vamos a buscarlo. Únicamente, por hacer una concesión a la miseria actual en que nos hallamos, tomaremos un fiacre en vez de un coche de lujo.

Boleslao no reprimió el suspiro que se escapaba de su pecho y los tres amigos bajaron la escalera.

## CAPÍTULO II

Diez minutos después, Ratier subió con gran ligereza los quince o dieciocho escalones de su entresuelo de soltero y penetró en su linda y reducida habitación. Del fondo de un delicioso mueblecillo, que estaba en su dormitorio, sacó un enorme legajo de papeles de color lila, ribeteados de un amarillo chillón y donde leíase la palabra *Bolivia* en letras de una pulgada, tratando en balde de hacerlas entrar en el bolsillo de su paletot.

- ¡Miserables!, exclamó hablando consigo mismo, no quieren seguirme al lugar del peligro. Voy a atarlas en un pañuelo y así se sentirán humilladas. Tanto orgullo y no valen ni un sueldo.

Después de haber hecho esta reflexión eminentemente filosófica, abrió otro cajón, donde había también acciones; pero eran del Banco de Francia que se cotizaban en todas las Bolsas europeas, y cogió algunas piezas de oro que metió en el bolsillo delantero de su pantalón.

- No seré yo el que preste dinero a mi querido Boleslao, murmuró entre dientes, porque no me lo devolvería jamás; me quiere demasiado; mientras si hago que se lo presten otros no tendrá más remedio que devolvérselo. Acostumbra devolver lo que se le presta...; pero vuelve a pedirlo prestado... es una especialidad creada por él; *sic vos non vobis*; únicamente que es todo lo contrario.

Cerró el cajón, metióse la llave en el bolsillo y bajó la escalera. Antes de abrir la portezuela del coche, tras la que se mostraba la *facies* inquieta y borreguil de Josia, arrojó al interior las bolivianas atadas con un pañuelo.

- ¿Qué es esto?, exclamó el coronel.

- ¡Todo mi capital!, repuso Ratier cerrando la portezuela tras sí. Ahora vamos a ver a un caballero muy amable que quizás nos dé algunos luises sobre ellas. Y para que no nos aburramos por el camino cuénteme usted, coronel, cómo se ha deshecho el matrimonio de la deliciosa señorita Slavsky.

- No sé nada, repuso Boleslao que se había puesto de mal humor. Espero detalles.

- ¿Y no vendrán esas señoras a París?

- Lo ignoro en absoluto.

- Debe usted de fastidiarse solo. ¿Y cómo marcha *l'Aurochs*?

El coronel movió tristemente la cabeza.

- ¡Muy mal!, dijo llero de desolación.

- ¡Caramba!, exclamó Ratier, ¡y tan bien como había comenzado!

- ¡Ya lo creo!, replicó el coronel dejándose halagar benévola por las engañosas frases de su amigo. Era una empresa magnífica y tenía en su favor todas las probabilidades de buen éxito.

- Lo mismo que las bolivianas, interrumpió Ratier. Pero Boleslao ni siquiera le oía.

- Imagínese usted, querido, una idea nueva, original, gigantesca; una idea que debían haber apoyado todos los naturalistas del mundo, animarla y ponerla por las nubes; una idea que interesa tanto al arte cinegético como a la agronomía, a la historia natural y al comercio, y que por lo mismo se aviene a todos los gustos y a las más variadas aptitudes.

- La frase es un poco larga, pero está bien hecha; la conozco, interrumpió Ratier... Fui yo el que redacté el prospecto.

- ¡Cómo!, dijo Boleslao turbado.

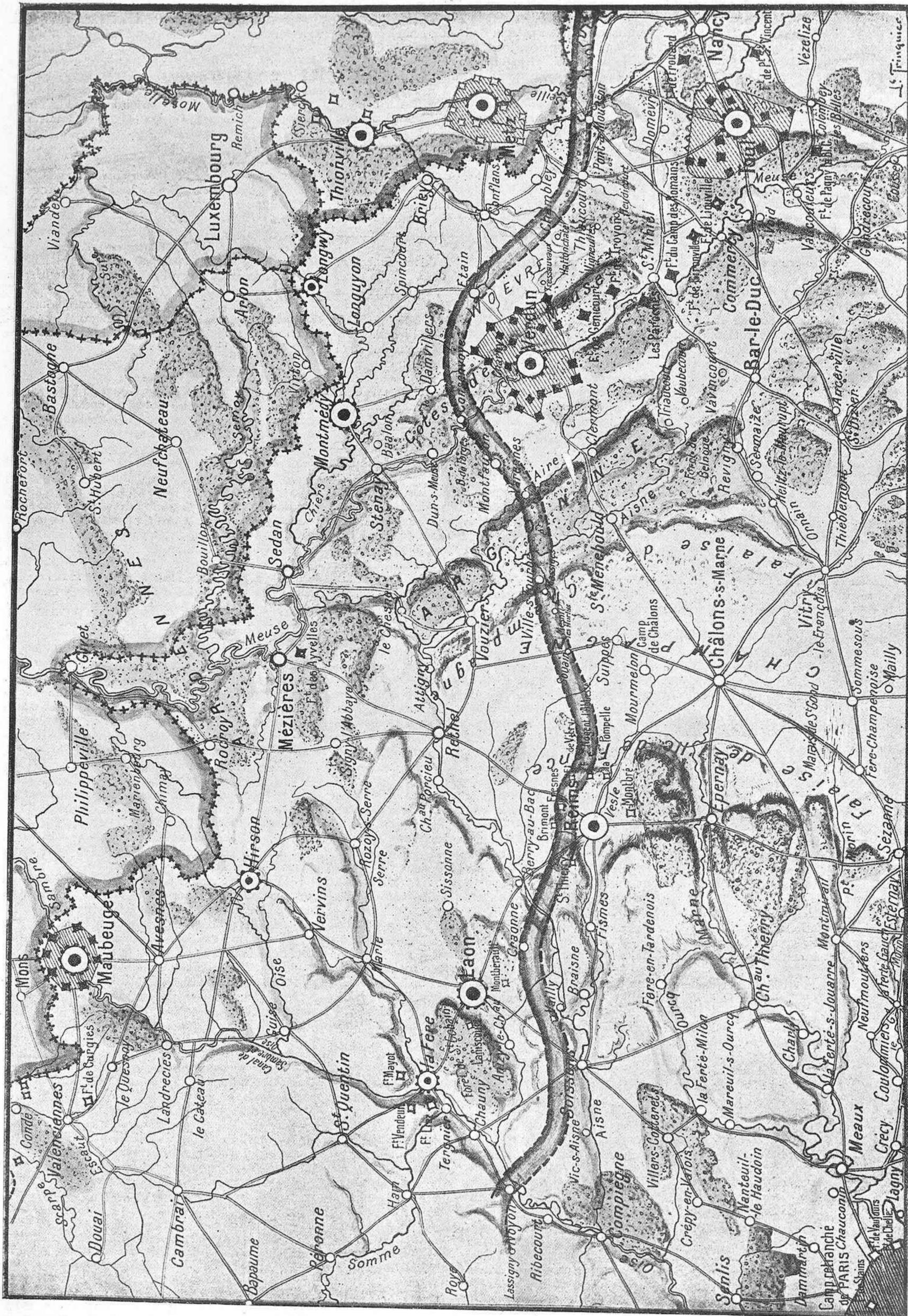
- Nada, coronel, que apruebo... Continúe usted.

- ¿Qué es lo que estaba yo diciendo? Me ha distraído usted, Ratier. ¡Claro!, no hace usted más que interrumpirme; he perdido el hilo de mis ideas.

- ¡De las mías!, iba a decir Ratier, pero se contuvo... Estaba usted, coronel, en las más variadas aptitudes...

- ¡Ah! sí..., pues bien; ¿hay nada más interesante desde todos los puntos de vista, nada más digno de ser alentado que el pensamiento concebido por nosotros de ayudar en cierto modo al Creador a deshacer la obra culpable del hombre, de restituir una raza casi desaparecida y que no posee ya a la faz del sol más que algunos vástagos conservados por los soberanos celosos y reservados para las cazas imperiales?

(Se continuará.)



La guerra europea. - Línea general de contacto de los ejércitos enemigos desde el Oise a la llanura de Woëvre. (De «L'Illustration».)

Esta línea, que representa la situación de los beligerantes en los primeros días de la batalla del Aisne, ha quedado posteriormente modificada: el ala izquierda francesa ha ido avanzando hacia el Norte hasta Arrás, más arriba de Bapaume, obligando al ala derecha alemana a extenderse en la misma dirección; por la parte de Verdun, los alemanes han avanzado hasta Saint Mihiel, al Sudeste de aquella plaza



Madrid. - Periodistas concurrentes al banquete celebrado en los Viveros en honor de los Sres. Torres del Alamo y Asenjo por el éxito obtenido con su última obra *Las pecadoras*, estrenada en el Teatro Eslava. 1. Sr. Torres del Alamo. - 2. Sr. Asenjo. - 3. El alcalde de Madrid Sr. Prast. - 4. El actor Sr. García Ortega. - 5. El Sr. Francos Rodríguez. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

MADRID

HOMENAJE A LOS SRES. TORRES DEL ALAMO Y ASENJO

En los Viveros de la Villa se ha celebrado hace pocos días un banquete en honor de los señores Asenjo y Torres del Alamo para festejar el triunfo por éstos alcanzado en el Teatro Eslava con su comedia *Las pecadoras*.

Asistieron a la fiesta unos trescientos comensales, ocupando la mesa presidencial, al lado de los agasajados, el alcalde de Madrid Sr. Prast, el exalcalde Sr. Francos Rodríguez, los di-

ral de Alabarderos, general Aznar y el grande de España de guardia, conde de Bilbao.

El representante del Brasil hizo entrega a S. M. de los documentos que le acreditan como enviado de su país y saludó en portugués al soberano, a la familia Real y a la nación española. D. Alfonso XIII contestó en elocuentes frases mostrando su cariño al Brasil y haciendo elogios de su actual Presidente.

DR. ADOLFO P. CARRANZA

A la edad de cincuenta y siete años ha fallecido recientemente en Buenos Aires este ilustre argentino, benemérito cultor de los estudios históricos y director desde su fundación del Museo Histórico Nacional de aquella ciudad.

Era el Dr. Carranza enamorado hasta la exageración de su patria, de imaginación vivaz, de palabra fácil y de un corazón sano abierto a todas las expansiones nobles del espíritu.

Como director del citado museo toda alabanza que de él se haga es poca; fué el hombre que para aquella fundación convenía, pues a su amor por las cosas del pasado unía una actividad, un celo y un desinterés extraordinarios, no regateando nunca sus esfuerzos para obtener el objeto histórico cuya existencia conocía.

Como historiador dejó escritas un sin fin de obras que patentizan sus vastos conocimientos históricos y que en lo sucesivo habrán de ser consultadas con provecho por cuantos estudien la vida nacional argentina.

El Gobierno argentino se asoció al duelo de la nación costeando su entierro y asistiendo oficialmente al mismo.



Dr. D. Adolfo P. Carranza, director del Museo Histórico Nacional de Buenos Aires, recientemente fallecido. (De fotografía de Witcomb, remitida por D. R. Monner Sans.)



Madrid. - El nuevo ministro del Brasil Sr. Da Cunha saliendo de Palacio después de presentar sus credenciales a S. M. el Rey. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

putados por Madrid señores Castrovido y Talavera, los concejales matritenses señores Casero, Blanco y Morayta y los periodistas señores Sánchez Calvo y Cerezo. Además se adhirieron al homenaje muchos autores dramáticos y artistas y varias entidades.

Como por acuerdo de la comisión organizadora se habían suprimido los brindis, antes de servirse la comida el Sr. Casero leyó unos ingeniosos versos ensalzando el sainete madrileño y a los que, como Asenjo y Torres del Alamo, cultivan este género genuinamente español.

La banda de la Paloma interpretó varias piezas musicales del maestro Chueca.

MADRID. - PRESENTACIÓN DE CREDENCIALES POR EL NUEVO MINISTRO DEL BRASIL

Con el ceremonial de costumbre ha presentado recientemente sus credenciales el nuevo ministro plenipotenciario del Brasil Sr. Da Cunha. Éste se trasladó desde el Palace Hotel al Regio Alcázar en un coche «de París» de media gala y acompañado del segundo introductor de embajadores D. Emilio Heredia.

S. M. el Rey recibió al diplomático en la antecámara; acompañaban al monarca el ministro de Estado, marqués de Lema, el caballero mayor, marqués de Viana, el comandante gene-



Fuenterrabía. Boda de S. A. el Infante D. Fernando (1) con la duquesa de Talavera (2) Los novios después de la boda, con el Nuncio de S. S. monseñor Ragonesi (3), el conde de Pie de Concha (4) y la duquesa de San Carlos (5). (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

BODA DEL INFANTE D. FERNANDO

En el palacio que los marqueses de Villasinda poseen en Fuenterrabía efectuóse el día 1.º de este mes la boda de S. A. R. el infante D. Fernando de Baviera con S. A. la Srta. D.ª María Luisa de Silva, duquesa de Talavera.

El P. Lardizábal S. J. dijo la misa y al terminar ésta, el nuncio de S. S. monseñor Ragonesi pronunció una elocuente plática y dió la bendición a los novios.

Apadrinaron a éstos los padres del infante Don Fernando, SS. AA. el príncipe Luis de Baviera y la infanta D.ª Paz que a causa de la guerra no han podido venir de Múnich y que estuvieron representados por la duquesa de San Carlos, camarera mayor de Palacio, y por el conde de Pie de Concha, tía y padre respectivamente de la novia. Fueron testigos por parte de la novia su hermano el marqués de Zahara, su hermano político Sr. Lardizábal, el duque de Medinaceli, el marqués de Santa Cruz y el marqués de Camarasa; y por el novio, el jefe superior de Palacio marqués de Torrecilla, los duques de Luna y Victoria, el vizconde de Uzqueta jefe de la Escolta Real y el ayudante de S. A. capitán Pulido.

En representación del ministro de Gracia y Justicia asistió el director general de los Registros, Sr. Jorro y Miranda, que levantó acta del matrimonio.

Su Santidad el Papa Benedicto XV había enviado oportunamente su bendición especial para los novios.

A la boda asistieron solamente algunos íntimos de la familia del Conde de Pie de Concha y los parientes.

Terminada la ceremonia religiosa, celebróse un banquete de cincuenta cubiertos.



Gumiers marroquíes dirigiéndose a la frontera

LA GUERRA EUROPEA. - CONTINGENTES MARROQUÍES EN FRANCIA

Apenas comenzada la guerra, Francia llamó al continente el cuerpo de ejército de Argelia y otros contingentes de tropas africanas, senegaleses, spahis y gumiers marroquíes. El transporte de tropas efectuóse sin dificultad alguna y con suma rapidez, gracias al dominio del Mediterráneo por la flota anglo-francesa.

Apenas desembarcados los regimientos africanos en el puerto de Marsella, fueron destinados a los distintos teatros de la guerra, en donde se han batido en distintas ocasiones, siempre en primera línea y con extraordinaria bravura.

Pero además el Sultán de Marruecos ha enviado tropas suyas a combatir al lado de los franceses, habiéndoles dirigido recientemente un manifiesto, que nos parece interesante reproducir. Dice así:

«Loor a Dios.

»A nuestros servidores amados.

»Los soldados valerosos desembarcados en el suelo francés. ¡Que Dios os ayude!

»No ignoráis que el Gobierno francés ha intervenido en Marruecos para prestar su benévolo concurso al mejoramiento de la situación del país y a su organización. Los excelentes procedimientos empleados por Francia para conseguir el objeto propuesto le dan derecho a nuestra gratitud. Francia ha sabido atraerse la simpatía de todos y está unida al Gobierno marroquí por lazos indisolubles; de suerte que cada uno de los dos Gobiernos no puede menos de alegrarse de lo que es agradable al otro.

»Nuestra Majestad está afectada por la desgraciada situación que ha encendido la guerra en toda Europa y se duele sobre todo de la inalicable agresión de que el Gobierno francés ha sido objeto por parte de Alemania.

»Francia se ha visto obligada a tomar las necesarias medidas para la defensa de su honor nacional y sus aliadas se han puesto a su lado para combatir al enemigo por tierra y por mar. Esto ha motivado nuestro envío a Francia. Estamos persuadidos de que, en medio de las demás tropas, sabréis demostrar en la hora del combate vuestro valor y vuestro arrojo, y de que demostraréis al enemigo que sois dignos de la reputación que habéis alcanzado durante vuestras anteriores campañas. En vosotros renacerán las proezas de vuestros antepasados; lograréis una noble reputación y dejaréis un recuerdo glorioso que se transmitirá de generación en generación a la posteridad.

»Permaneced unidos ante el peligro y formad un solo cuerpo y una sola alma. Sed tenaces, demostrad la mayor firmeza, que la firmeza obtiene como recompensa la victoria. Sed pacientes, pues los felices comienzos de la guerra hacen prever que pronto terminarán las hostilida-

des, si a Dios place. Las premisas traen consigo la conclusión.

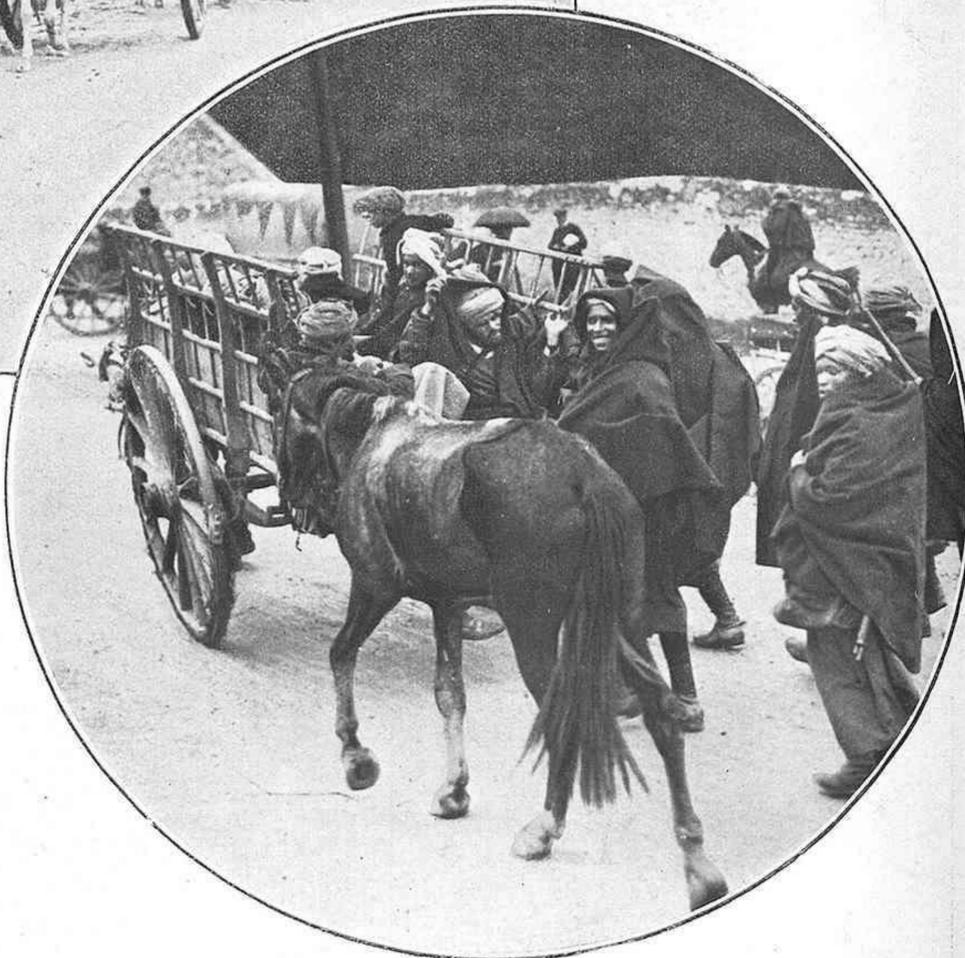
»Pronto regresaréis victoriosos, dignos de nuestra augusta benevolencia y recogeréis el premio de vuestras nobles acciones, premio del que podréis disfrutar en un porvenir venturoso.

»Esperamos tener pronto noticias de que os habéis mostrado dignos de la confianza que en vosotros hemos puesto.

»¡Que Dios os fortalezca y asista!

»¡Salud!»

Varios notables argelinos, por su parte, han dirigido también calurosos llamamientos a sus correligionarios en favor de Francia. Entre ellos merece citarse el del gran morabito de



Carreta con gumiers marroquíes que siguen a su columna. (Fotografías de Chusseau-Flaviens.)

Tolga Omar ben Alí ben Omán Alí ben Omar, quien dirigiéndose a los musulmanes en general les dice:

«¡Que la mayor salud sea con vosotros!

»Sabed que Alemania acaba de declarar injustamente la guerra al gobierno de la República francesa, que siempre nos ha tratado con benevolencia, justicia y equidad.

»Nuestro deber es, pues, ponernos a la disposición de Francia, combatir en sus filas y confundirnos con sus hijos a fin de aplastar al enemigo común.

»En el entretanto permanezcamos tranquilos, evitemos todo cuanto pueda perturbar el orden público y gritemos: ¡Viva Francia!»

**ANEMIA** Debilidad Curada por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero. 14, R. Beaux-Arts. París.

**HIPOFOSFITOS SALUD**

**COMBATE ANEMIA**  
**ESCRIFULISMO**  
**NEURASTENIA**  
**INAPETENCIA**

**CANTARES POPULARES Y LITERARIOS**

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores á esta ILUSTRACIÓN

NUEVA REIMPRESION

**FABULAS DE ESOP**

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AU-LO CELIO, etc., precedidas de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. - Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. - Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

**DENTIFRICOS HIGEIA**

ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY**

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN